

LA ARGENTINA Y AUSTRALIA: DOS CAMINOS DIVERGENTES
A PARTIR DE UN MISMO INICIO

INTRODUCCIÓN

Desde siempre se han comparado las economías de la Argentina y Australia debido a varias características importantes que ambos países comparten, como la de haber sido colonizados por europeos, contar con escasas poblaciones autóctonas, compartir una ubicación geográfica apartada de los países industrializados, gozar con territorios extensos con diversas gamas de climas y abundantes recursos naturales así como de mucha tierra arable en relación a sus respectivas poblaciones.

Tanto en Australia como en la Argentina se gozaba, desde principios del siglo XX, de un elevado nivel de vida debido a que poseían amplios recursos naturales. Pero a finales de este siglo Australia figuraba entre los países desarrollados con un PBI per cápita de u\$s 20.000 cuando en la Argentina era de menos de u\$s 8.000. Aquí se examinan las causas de tan diferente evolución.

Quienes en el pasado más se beneficiaron de las riquezas naturales fueron los propietarios de las tierras y, en el caso de Australia, también los que poseían yacimientos mineros. Luego de la segunda guerra mundial en ambos países se iniciaron políticas similares destinadas a lograr que un mayor número de personas se beneficiara de esos recursos. El método elegido fue el de impulsar el desarrollo de una industria de sustitución de importaciones mediante un arancel aduanero más elevado.

Sin embargo estas políticas difirieron entre ambos países tanto porque la magnitud de la protección aduanera en la Argentina fue mucho más elevada que la de Australia, como porque persistió por más años. En realidad ya para el año 1973 comienza en Australia el proceso de disminución del arancel de importaciones hasta alcanzar los bajos niveles actuales, mientras que en la Argentina recién se inició a comienzos de la década de los años '90. Por otra parte persiste hasta el presente una protección que supera los mayores niveles históricos australianos.

Por otro lado en la Argentina la distribución de la renta proveniente de las exportaciones agropecuarias no se limitó en alentar la creación de industrias protegidas que pagaban salarios y de empresas de servicios públicas con personal redundante. Además el gobierno fijó impuestos a la exportación que resultaron en más transferencias de ingresos a la población por dos vías, la de dar lugar a precios internos más bajos para los alimentos y las fibras y la de la disminución de la presión impositiva sobre la población. Estas políticas nunca fueron aplicadas en Australia.

Desde el año 1946 hasta 1989 hubo en la Argentina un proceso inflacionario intenso y creciente. Esto determinó, entre otros males, tanto una disminución del ahorro como que gran parte fuera expulsado al exterior. Por el contrario una inflación siempre moderada

sumada a la estabilidad institucional hicieron que el ahorro australiano permaneciera en el país.

En la década de los años '90 tienen lugar en la Argentina una serie de profundas transformaciones económicas que terminan con la inflación, con las retenciones para beneficio de las exportaciones del agro y con un arancel aduanero demasiado elevado. Quedan, sin embargo, varios temas de fondo sin solucionar, principalmente el déficit fiscal cuya persistencia hace que las tasas de interés sean muy elevadas.

El alto costo del dinero impide el desarrollo de actividades que permitan que la economía crezca, que el desempleo baje y que las exportaciones aumenten. Mientras tanto, el tipo de cambio fijo dificulta la reducción de la protección aduanera y, muy probablemente, será un impedimento para encarar acuerdos de libre comercio con países desarrollados.

Así como al inicio de la década de los años '90 hubo decisiones políticas de fondo que permitieron corregir algunas de las causas del bajo crecimiento de la economía de la Argentina, ahora se imponen los cambios necesarios para terminar con los problemas restantes, sobre todo con el déficit fiscal. Es de esperar que estos cambios se hagan sin demoras mediante una decisión razonada y no más tarde bajo condiciones de dureza.

LAS PRIMERAS DÉCADAS

Las similitudes existentes entre los dos países llevaron a que ya en la segunda mitad del siglo XIX en la Argentina existiera interés por conocer de primera mano lo que en Australia estaba sucediendo en materia agrícola. Así fue que el gobierno nacional resolvió comisionar a dos expertos, los señores Juan Llerena y Ricardo Newton, para que visitaran Inglaterra, Estados Unidos y Australia a fin de recabar información acerca de los desarrollos que allí pudieran observarse respecto de las actividades agropecuarias. Con este propósito ambos se embarcaron en el vapor de la Mala Real Británica "Neva" el 5 de abril de 1882. Como resultado de la misión se publicó un libro en ocho tomos titulado "Viajes y Estudios de la Comisión Argentina sobre la Agricultura, Ganadería, Organización y Economía Rural en Inglaterra, Estados Unidos y Australia" del cual los últimos cuatro tomos se refieren a Australia.

Durante el siglo XX varios libros, artículos e informes analizaron comparativamente distintos aspectos de la economía de los dos países. En el presente trabajo se vuelve sobre el tema, pero esta vez poniendo el acento en lo acontecido después de la segunda guerra mundial y respecto de trascendentes políticas económicas que la Argentina desarrolló desde aquel momento. Estas fueron calificadas en acertadas o no, para luego compararlas con las llevadas a cabo por Australia.

Los dos países antes de la segunda guerra

Ambos fueron colonias de países europeos aunque con culturas tan distintas como son las de España y el Reino Unido. Los dos se desarrollaron principalmente a partir de

inversiones británicas y se convirtieron en fuertes exportadores de productos agropecuarios que provenían de grandes explotaciones extensivas.

Desde la última parte del siglo XIX hasta la década de los años '30 del siguiente la economía argentina se caracterizó por una baja protección aduanera respecto de la mayor parte de los bienes. La abundancia de recursos naturales susceptibles de ser colocados a buen precio en el exterior permitió pagar holgadamente por las importaciones necesarias y aún también por las suntuarias. Pasaba el país por una etapa similar a la que caracterizó otras economías de base agraria, como fueron las de EE.UU. y Prusia hasta la primera mitad del siglo XIX.

Si se toman los ingresos aduaneros totales y se los relaciona con el valor total de las compras en el exterior tanto Australia, como Canadá, EE.UU. y la Argentina tenían, en 1913, aproximadamente el mismo nivel de protección arancelaria.

A principios del siglo XX la población de la Argentina superaba en un 21% a la de Australia, pero se supone que el PBI per cápita en este país era mayor que el del nuestro en un 75%. A partir de este momento y hasta la segunda guerra mundial se evidencia que las tasas de desarrollo de ambos fueron bastante similares.

Sin embargo ya antes de la segunda guerra mundial comienzan a perfilarse en la Argentina problemas que aconsejaban tomar medidas correctoras, como diversificar las ventas al exterior y sustituir importaciones. Para entonces el propósito del arancel aduanero era apenas fiscal cuando otros países que por aquellos años tenían una economía de parecido tipo, como Canadá, usaron la protección como herramienta para iniciar el desarrollo industrial.

Pero en la Argentina de aquellos años ya se iniciaba el debate sobre si convenía, o si era posible, insistir en el esquema liberal o si había llegado el momento de variar de política. Entre los enrolados en la causa del libre comercio estaban los dueños de la tierra, que no veían con buenos ojos un proteccionismo industrial que los obligara a pagar más por los bienes que consumían o utilizaban en sus labores agrícolas. Sumados al punto de vista librecambista estaban políticos y pensadores del socialismo de esos años, como Juan B. Justo y Federico Pinedo. Esta coincidencia era el resultado de la defensa que éstos hacían del nivel de vida de los asalariados, ya que entendían que de una alta protección aduanera resultaría un encarecimiento de los bienes de consumo, o sea una baja del salario real.

Frente a esta conjunción en favor del comercio libre había otra alianza que abogaba por más protección formada, de un lado, por los intereses agrupados en la Unión Industrial Argentina que incluía sectores importantes del interior del país -como las bodegas vitivinícolas y los molinos azucareros- y del otro por un grupo de estudiosos liderados por otro pensador notable de la época: Alejandro Bunge. El punto de vista compartido tenía que ver con la necesidad de limitar el libre comercio apoyando el desarrollo de nuevos cultivos y de más establecimientos industriales.

Bunge creía, y los hechos le dieron la razón, que la etapa de crecimiento del país a partir de la producción de granos y carnes vacunas para la exportación estaba llegando a su fin. Por ello propiciaba una agricultura intensiva basada más en granjas que en estancias, semejante a la existente en EE.UU. o en Europa. También propiciaba la industrialización de las materias primas locales.

Así estaba planteado el debate. Por un lado Federico Pinedo y sus circunstanciales aliados terratenientes y por el otro Alejandro Bunge y los empresarios industriales.

En verdad tanto la Argentina como Australia gozaban para esos años de la misma ventaja de contar con un enorme potencial exportador de materias primas, principalmente alimentos, en momentos en que varios de los más importantes países industrializados las necesitaban.

A principios del último cuarto del siglo XIX los dos países mostraron un desarrollo exportador similar con grandes cantidades de lanas. Australia tenía el mayor rebaño de ovejas del mundo pero luego, con el desarrollo de la infraestructura, las exportaciones de granos se transformaron en el sector dinámico a expensas de aquel. Al mismo tiempo, las exportaciones de carne vacuna refrigerada crecieron rápidamente en ambos países. Las diferencias en los niveles de vida entre las dos economías persistieron en parte porque Australia, a diferencia de la Argentina, tenía una rica minería del oro y de plata que se desarrolló a fines del siglo XIX, en momentos en que el país debía atender una severa crisis de balance de pagos.

Como el rendimiento global de la economía australiana no fue en ese período significativamente mejor que el de la argentina puede suponerse que la única ventaja de aquel país estuvo en haber partido de un nivel más alto y del aporte de los recursos mineros.

En las primeras dos décadas del siglo XX tuvo lugar en Australia un debilitamiento del poder terrateniente a lo que se sumó la acción del movimiento sindical y a la presencia del Partido Laborista. Estas circunstancias pesaron para el logro temprano de políticas de altos salarios y permitieron superar la oposición terrateniente a la protección a la industria.

Por otra parte en Australia la geografía que jugó un fuerte papel determinante del proteccionismo. El océano era la primera gran barrera comercial por el tiempo que insumían las manufacturas en llegar por barco desde Gran Bretaña, a lo que sumaba lo costoso que resultaba transportarlas dentro de tan inmenso país. Para mediados del siglo XIX Sydney, Melbourne y Hobart ya contaban con florecientes industrias de sustitución de importaciones tales como vagones de ferrocarril, velas, hierro fundido, cerveza, textiles y otras similares.

Luego de que las colonias australianas se independizaron en 1901 el proteccionismo fue instaurado por ley no solo en la industria sino también para los bancos, el transporte, las telecomunicaciones y en casi todos los demás servicios. Otros países, incluyendo EE.UU. y la mayoría de los de la Europa continental, eran en ese momento tan proteccionistas como Australia, pero ésta con su escasa población y sus abundantes recursos naturales pudo tolerar los costos de su ineficiencia económica por un período mucho mayor.

En el año 1912 la ley Sáenz Peña instauró en la Argentina el sufragio universal dando lugar a altos niveles de participación ciudadana en la cosa pública. Los partidos políticos radical y socialista luchaban, como en Australia, por la obtención de niveles de vida más altos pero fueron contrarios a los gravámenes y a otras medidas proteccionistas que podían contribuir al desarrollo industrial del país ya que aquellas implicaban precios más elevados y, por lo tanto, una rebaja en el salario real. El Partido Socialista de la Argentina se opuso resueltamente a dos tipos de medidas: la devaluación del peso argentino y cualquier intento de elevar las tarifas aduaneras.

Estas políticas diferentes dieron lugar a que hacia el año 1930 la estructura productiva de ambos países fuera diferente de lo que había sido a principios del siglo XX. La fuerza de trabajo ocupada en Australia por la actividad manufacturera había superado a la dedicada a la producción primaria y existían poderosos intereses de la industria y de sus asalariados que, ya al finalizar la primera guerra mundial, jugaban un papel importante en la vida política del país. Nada de ello había sucedido en la Argentina, pues la industria improvisada durante la guerra de 1914 había sido abandonada a su suerte.

En 1930 se inicia una crisis mundial de una profundidad hasta entonces nunca vista. El primer síntoma claro de lo inusitado del fenómeno fue el vertiginoso descenso que experimentaron los precios de los granos entre marzo y diciembre de 1930: el trigo bajó en un 45%, el maíz en el 44% y el lino en el 49%. Luego sucedió lo mismo con las carnes vacunas. Su primer efecto para la economía argentina fue el de reducir las importaciones. Esta situación obligó a racionar las divisas disponibles, instaurándose para hacerlo el control de cambios.

La crisis también afectó a Australia, pero menos que a la Argentina gracias a su pertenencia al “Commonwealth” ya que por ello sus exportaciones se beneficiaron con las preferencias imperiales acordadas entre el Reino Unido, sus colonias y dominios. Mientras tanto la Argentina quedó fuera y se vio obligada a firmar en el año 1933 el acuerdo Roca - Runciman que, por supuesto, no le fue tan beneficioso.

En la Argentina se inicia así un proceso que lleva a que las compras en el exterior fueran reguladas cada vez más por el Banco Central quien decidía cuánto se habría de importar de cada bien. Debió transcurrir casi treinta años hasta que en 1959, bajo el gobierno del Dr. Frondizi, el arancel aduanero recuperara su tradicional papel aunque por muchos años a un nivel excesivamente elevado y acompañado por depósitos previos, prohibiciones y cuotas. De todas maneras la instauración en el año 1931 del control de cambios no fue sino la respuesta inevitable de similares medidas adoptadas el año anterior por EE.UU. y numerosos países europeos.

Pero la restricción de las importaciones no fue sólo confiada al control de cambios. En el año 1931 fue aumentando el arancel con una tasa general del 10% fuera que para diversos productos hubo un incremento más acentuado y se devaluó la moneda.

Fueron varias las consecuencias de estas medidas: se fuerza el proceso de sustitución de importaciones que habría de persistir por más de medio siglo, aparecen nuevos cultivos y empresas industriales, aumenta el número de asalariados que trabajan en ellas al tiempo que se regula el comercio exterior dando preferencia a países del cono sur de América.

Resulta revelador un discurso que Raúl Prebisch pronunció en México con fecha 24 de abril de 1986 -exactamente cinco días antes de su muerte en Santiago de Chile. Dijo así: “La caída de las exportaciones de nuestros países (durante la gran depresión mundial) fue formidable. Y no hubo otra salida que la sustitución de importaciones. Yo tuve que actuar en esa época, y no recuerdo que en aquella situación haya habido algún insano que dijera: “No hay que sustituir importaciones, sino exportar manufacturas”. “¿Exportar manufacturas hacia dónde? “Hacia un mundo que estaba dislocado y donde el proteccionismo era una forma normal de resguardar las economías? No hubo otra solución que la sustitución. No fue una preferencia doctrinaria, sino una imposición de los acontecimientos.”

La industrialización argentina se inicia realmente como contragolpe del colapso del comercio internacional a raíz de la crisis de 1930. Al mismo tiempo comienza un largo estancamiento del sector agropecuario de la región pampeana que no reacciona plenamente sino hasta la década de los años '90. Mientras tanto Australia, luego de la guerra, consolida y moderniza su industria al tiempo que, tras alguna vacilación, decide asignar una importancia creciente al aumento de las exportaciones agropecuarias.

En septiembre de 1939 se inicia la segunda guerra mundial que trae para la Argentina la interrupción de muchos abastecimientos, estimulándose así la instalación de empresas con el propósito de fabricar lo que se pudiera, al costo y con la calidad que resultaran debido a la imposibilidad de lograr equipos o insumos adecuados. En la memoria del año 1942 del Banco Central de la República Argentina –documentos que en esos años contenían puntos de vista de Prebisch en su carácter de gerente general- se expresa preocupación acerca de cuál habría de ser, terminado el conflicto, el destino de estas nuevas actividades.

Se vuelve sobre este mismo tema en la Memoria del año 1944 en los siguientes términos: “No debe inferirse que esa política se haya de traducir en una reducción del valor global de las importaciones. Es obvio que para poder vender -y nuestra producción reclama colocación en el exterior- es necesario comprar. Pero dar preferencia a la introducción de artículos esenciales no es limitar sino sólo escoger lo que resulte más provechoso para los intereses generales del país. Claro está que en la aplicación de esa política ha de evitarse toda medida que pueda quitar incentivo a las reducciones de costos y a la mejora de la organización técnica de la industria”.

Estas memorias del Banco Central reflejaban un sentir que por entonces estaba bastante generalizado en el país. La depresión había puesto en evidencia la vulnerabilidad del sector externo argentino señalando la necesidad de poner un mayor énfasis en la sustitución de importaciones. Es en este contexto que siendo Federico Pinedo a finales del año 1940 Ministro de Hacienda preparó un plan tendiente a reactivar la economía, el que fue conocido con su nombre.

No hay duda alguna que la intención de Pinedo en su plan, en lo que hace al comercio exterior, era la de asegurar a las industrias que surgieron para atender la emergencia de la guerra una protección que continuara luego del conflicto, pudiendo observarse en esto un cambio importante en su pensamiento, hasta esta fecha tan tenazmente adherido al libre comercio.

Así resulta del siguiente párrafo de su autoría: “Que la industrialización del país conspira contra nuestras exportaciones, es un argumento que se presenta con frecuencia en la discusión de esta materia. Y sería irrefutable este aserto si hoy fuera cierto que dedicándose a la producción de aquellos artículos que puede producir en condiciones especialmente favorables, el país tuviese oportunidad para exportar cantidades crecientes de esos productos de su suelo. No es ese el caso actual, desgraciadamente. Es un hecho sabido que desde antes de la pasada depresión mundial las exportaciones argentinas -medidas por su volumen físico- han permanecido en un nivel prácticamente estacionario. Nuestro país no ha tenido, pues, como en tiempos más favorables de su historia económica, la alternativa de dedicarse preferentemente a la exportación de cantidades cada vez mayores de productos agrarios, importando en cambio artículos manufacturados, o la de desenvolver intensamente

la industria sacrificando las posibilidades de su exportación. Por el momento, el país no tiene esa opción en su política económica, y no sabría decirse en este instante con alguna seguridad de acierto, si la tendrá o no después de la guerra. Han de plantearse entonces, sin duda alguna, difíciles problemas.”

En el Plan Pinedo había elementos de un cambio de estrategia para el comercio exterior argentino. Lo prueba la preocupación expresada en él por la disminución, aún antes de la gran depresión mundial, del ritmo de las exportaciones agrícolas y por favorecer el desarrollo de otras con mayor valor agregado. También lo demuestran las recomendaciones dirigidas a evitar la instalación de industrias que no tuvieran la eficiencia suficiente como para soportar la competencia, fuera y dentro de las fronteras del país, una vez que la guerra terminara. Pero el Congreso de la Nación solo aprobó aspectos secundarios de su plan, decisión que abriría poco después la puerta a políticas mucho menos favorables para la economía del país.

LOS CAMBIOS DE LA POSGUERRA

Entre las políticas económicas implementadas en el país luego de la segunda guerra mundial hubo algunas acertadas y otras no. Aquí nos referiremos solo a las que consideramos más importantes, estando del lado de los aciertos la adopción de una de sustitución de importaciones que las nuevas circunstancias hacía tiempo venían reclamando, pero también a tres gruesos errores: el excesivo proteccionismo que caracterizó esa política, una inflación persistente y, finalmente, la aplicación de impuestos (retenciones) a la exportación de productos del agro.

El proteccionismo excesivo

Como se vio en la introducción de este documento ya una década antes de la segunda guerra mundial aparecía con toda claridad la necesidad de abandonar un esquema de comercio exterior basado en un bajo arancel de importaciones que permitía el ingreso de todo tipo de bienes, que hasta aquella época podían ser holgadamente pagados con las divisas que se lograban exportando productos agropecuarios.

Los problemas económicos que trajo la gran depresión enseñaron a la Argentina los peligros de una economía demasiado dependiente de pocos productos y mercados. Así también quedó en claro la necesidad de estimular el desarrollo de la industria de sustitución de importaciones. Lo malo fue que se atendió únicamente este último objetivo, que se lo hizo sin cuidar la eficiencia y competitividad y que no se prestó atención a la necesidad de ampliar y diversificar las ventas al exterior.

La convicción de que las exportaciones de materias primas no solucionarían el problema del desarrollo económico de América Latina se generalizó en esta región durante la posguerra, no siendo la Argentina una excepción. La recesión global de los años '30 y las políticas proteccionistas de las naciones industrializadas iniciadas con la suba de aranceles de importación aprobada en EE.UU. por la Ley Smoot-Hawley de 1930- debilitaron la demanda de materias primas, principal fuente de ingreso de divisas para América Latina.

Al concluir la segunda guerra mundial tienen lugar en la Argentina acontecimientos que abren las puertas a profundos cambios en lo económico. Los dos partidos políticos

mayoritarios, el conservador, donde prevalecían los intereses del agro, y el radical, que agrupaba predominantemente los sectores más modestos de la clase media, fueron superados por un nuevo movimiento, el justicialista, cuya clientela electoral provenía mayormente de los asalariados urbanos.

Esta situación llevó a que en la Argentina a partir del año 1945 se instaurara una política de sustitución de importaciones, pero con una exagerada protección respecto de la competencia extranjera. Cada vez que la industria nacional iniciaba la fabricación de algo el Banco Central negaba, desde ese momento, el otorgamiento de divisas para su importación, de modo que la protección pasó a ser infinita. Fue tanto la disponibilidad de insumos importados a un tipo de cambio muy favorable como la comodidad de acceder al mercado interno sin ninguna competencia exterior lo que confirió a las industrias en desarrollo características como la de prestar poca atención a bajar los costos; a aceptar sin mayor discusión los pedidos de aumento de salarios de los trabajadores; a no insistir en el incremento de la productividad laboral; a equiparse con maquinarias usadas u obsoletas; a impulsar una excesiva dispersión en la gama de los productos a elaborar y a emprender la fabricación aún de aquellos bienes para los que el mercado local era muy pequeño. Además tantas empresas cubrieron tal diversidad de campos que, por lo general, quedaron sobrepasadas las posibilidades del país para dotarlas con gerentes, técnicos y especialistas idóneos.

En oportunidades la fabricación consistía en terminar el bien a partir de insumos importados, no superándose muchas veces la etapa del fraccionamiento y envase. Con el tiempo se fue encarando progresivamente la elaboración local de más insumos, pero como los costos fueron altos y las calidades no siempre óptimas quienes los utilizaban quedaron cada vez más alejados de la posibilidad de competir con lo importado.

El nuevo gobierno instaurado en el año 1945 dictó medidas que determinaron la transferencia de ingresos del agro a la naciente industria. Los instrumentos utilizados fueron el IAPI, organismo estatal que monopolizaba casi todo el comercio exterior del país y el Banco Central, al que había que vender las divisas obtenidas por las exportaciones. Como éste las compraba a un tipo de cambio muy bajo, pudo entregar divisas a los importadores (muchas veces industriales) a ese mismo precio.

Esta transferencia de ingresos del sector rural a la industria consolidó intereses que luego actuaron para perpetuar los beneficios que habían recibido. La industria de sustitución de importaciones y los sindicatos obreros tienen entre sí, por cierto, una relación muchas veces conflictiva ya que sus intereses se contraponen cuando de distribuir utilidades se trata. Pero, por ser ambos beneficiarios del nuevo esquema, se estableció entre ellos una alianza implícita en favor de su permanencia.

El gobierno instaurado en 1945 perdió el poder diez años después, pero el modelo no varió en lo esencial. Es verdad que se eliminaron los tipos de cambios múltiples, que el control de las importaciones salió del Banco Central para regresar a la Aduana; pero otros arbitrios fueron usados para mantener los efectos fundamentales de aquellas políticas, como que la moneda continuó sobrevaluada, que a las exportaciones del agro se les aplicaron impuestos y que, si bien las licencias de importación fueron casi siempre sustituidas por gravámenes, éstos fueron muy elevados cuando se trataba de productos fabricados en el país y bajos para las materias primas y demás insumos que debían venir del exterior.

La política de sustitución de importaciones fue aplicada luego de la segunda guerra mundial por la casi totalidad de los países de América Latina. En alguna medida su persistencia se debió a la prédica que en su favor hizo la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL).

Una división mundial del trabajo, con el norte produciendo manufacturas y el sur proveyendo materias primas, parecía inconveniente para el desarrollo a largo plazo de América Latina. Esta dicotomía centro-periferia, -articulada muy vigorosamente por Raúl Prebisch- dominó el pensamiento económico regional durante los años siguientes a la posguerra.

Sin embargo no fueron Prebisch ni la CEPAL los determinantes de la sustitución de importaciones en la que se embarcaron casi todos los países de América Latina. En realidad muchas de las políticas que aquél recomendó habían sido ya puestas en práctica antes de que formulara su tesis. Sí es verdad, en cambio, que él y la CEPAL proveyeron el sostén intelectual para la nueva estrategia de desarrollo que vendría a prevalecer en América Latina durante casi tres décadas.

El mismo Prebisch se refirió más tarde a su papel en este período: “En realidad, mi propuesta buscaba proveer una justificación teórica para la política de industrialización que ya estaba siendo ejecutada (especialmente por los grandes países de Latinoamérica) para inducir también a los otros a seguirla y proveer ... una estrategia ordenada para llevarla a cabo”

El modelo que Raúl Prebisch da a conocer en su prédica desde la CEPAL consistió, sustancialmente, en señalar cómo se propagaban los beneficios del progreso técnico desde los países industrializados hacia los en desarrollo, productores de materias primas. Se sostenía que los países de la periferia producían y exportaban bienes cada vez menos demandados por los centrales, y que por esta circunstancia sus precios disminuían. Por el contrario, las naciones centrales producían y vendían a las periféricas artículos cada vez más requeridos, razón por la cual sus precios tendían a subir. Por todo esto, concluía Prebisch, los países en desarrollo debían entregar cada vez mayor cantidad de sus propias producciones para obtener una misma suma de bienes industriales. Y este deterioro en los términos de intercambio, unido al lento crecimiento de las posibilidades de exportar sus materias primas y alimentos, limitaba su capacidad para importar, incluso bienes de capital.

Era así que el único camino que quedaba abierto a los países periféricos -siempre según Prebisch- era el de su industrialización por medio de una política deliberada. Y esto en razón de que, dedicando recursos al crecimiento del mercado interno mediante el cierre de la economía, podía lograrse un beneficio mayor que si se destinaban al aumento de la exportación.

La estrategia de impulsar la sustitución de importaciones comenzó a encontrar en América Latina cuellos de botella en las postrimerías de los años '60 y principios de los '70. La producción de bienes requería de maquinarias, insumos, partes y piezas no disponibles localmente. Por ello, cuanto más se expandía la industria más crecía la necesidad de importar.

Pero tampoco en Australia las políticas económicas fueron siempre acertadas. Para el año 1960 este país ocupaba el tercer lugar entre los países más ricos del mundo, después

de EE.UU. y Suiza. Sin embargo, en los años siguientes la economía se debilitó al disminuir tanto la inversión como la productividad al tiempo que se intensificaba la inflación, por lo que en la década de los años '80 había perdido posiciones en el mundo en lo que respecta al crecimiento y a la productividad.

Estos problemas en gran parte obedecieron a los altos aranceles externos que protegieron a vastos sectores de la economía australiana. En la década de los años '70 en este país se elevó el arancel medio de importación a más del 12%. Este alto nivel de protección perjudicó la evolución económica pues, al elevarse los precios de los productos importados, se desvió producción de los sectores que gozaban de ventajas comparativas a otros que no, con lo cual se redujo la productividad global de la economía. Además, los servicios claves estaban dominados por empresas públicas que en muchos casos ejercían un monopolio que les permitía subir los precios por encima del nivel existente en otros países.

Este proteccionismo surgido en Australia luego de la primera guerra mundial dio lugar a una cultura rentista ya que los altos aranceles garantizaban fáciles utilidades a las industrias protegidas. Estos beneficios eran luego parcialmente transferidos a los trabajadores a través del proceso de distribución salarial con características similares a las del sistema británico de sindicatos.

Como resultado el país desarrolló una economía de dos sectores. El agropecuario y el minero proveían los ingresos de divisas necesarias para cubrir los requerimientos de importación y el servicio de la deuda externa. Las industrias manufactureras protegidas y las ineficientes empresas estatales de servicios distribuían la riqueza producida por el sector exportador entre un número de asalariados mucho mayor que los empleados directamente por las actividades exportadoras de recursos naturales.

Durante esos años hubo quienes opinaron que el bajo crecimiento de la productividad del país y la alta inflación fueron culpa de los sindicatos. Sin embargo está claro que los líderes sindicales no hubieran podido empujar los salarios a tan elevado nivel si no hubiera sido por la protección aduanera. Con altas retribuciones y en ausencia de altos aranceles aduaneros el desempleo hubiera aumentado

Con una población creciente y menores precios para la mayoría de las materias primas, en especial para los productos agrícolas, una economía de dos sectores, uno competitivo que subsidiaba a otro que no lo era, ya no podía sostenerse y los cambios fueron inevitables.

Aquí puede verse un perfecto paralelismo entre las políticas de la Argentina y Australia después de la segunda guerra mundial. En ambos países se desarrolló una economía de dos sectores, el exportador de materias primas que aportaba las divisas necesarias para el funcionamiento de la economía y el de una industria protegida, así como empresas ineficientes de servicios públicos, que transfería parte de los beneficios resultantes de abundantes recursos naturales a través de salarios más elevados que los pagados en otros países con similar nivel de productividad, además de asegurar empleo para casi todos los que lo buscaran.

Sin embargo hubo circunstancias que favorecieron a Australia en ese período pues la industria bélica desarrollada durante la segunda guerra mundial a fin de apoyar el esfuerzo del Reino Unido no cesó de producir una vez llegada la paz. Gracias a su alianza

con EE.UU. sigue aún exportado a un mercado importante integrado por los países que estuvieron aliados durante el conflicto contra las potencias del eje.

Pero de todos modos, a finales de la década de los años '60 la protección arancelaria en Australia no era aplicada automáticamente por el solo hecho de que la industria local cubriera las necesidades del consumo local, tal como para esta misma época se hacía en la Argentina. Un organismo estatal, la "Junta arancelaria", decidía si una industria debía recibirla o no, y para ello la firma debía demostrar que los beneficios que traería su funcionamiento a la economía australiana superarían los costos que tal protección implicaba.

Para fines de los años '60 en Australia se cuestionaba seriamente dentro de la comunidad, tanto fuera como dentro del gobierno el nivel y el costo de la protección. Esto culminó con la aceptación de la necesidad de rever el sistema arancelario dándose así comienzo en 1970 al examen de aquellas industrias con mayores niveles de protección. En el mes de julio de 1973 se resolvió una baja generalizada de los aranceles de importación del 25%. Esta medida afectó a las empresas pues tuvo lugar en momentos en que la moneda estaba sobrevaluada, por lo que hasta mediados de los años '70 los industriales estuvieron fuertemente expuestos a un mayor nivel de competencia internacional. Si bien el dólar australiano fue devaluado a fines de 1974 y nuevamente a finales de 1976 y aunque se aumentó la protección para ciertas industrias vía restricciones cuantitativas (por ejemplo en textiles, indumentaria, calzados y vehículos) ya dejó de existir para el empresariado australiano el mercado cautivo del que antes había gozado.

Por otra parte el sector manufacturero comenzó a sufrir una competencia externa creciente que comenzó a fines de los años '60 y que fue acentuándose en la década de los '70 como consecuencia de que varios países asiáticos desarrollaron una industria orientada a la exportación. En 1968 las importaciones de manufacturas representaron en Australia el 18% del mercado interno, pero esta incidencia subió al 19% en el año 1973 y al 23% en 1977.

Por lo tanto la década de los años '70 fue un período en el que se dieron cambios significativos en las condiciones que enfrentaban las empresas manufactureras australianas. Un mercado doméstico asegurado, creciente y protegido fue reemplazado por otro en el que la expansión interna era más lenta, a lo que se sumaba una creciente competencia externa. Estos cambios representaron un fuerte desafío para un sector relativamente poco preparado para la competencia internacional, pero las empresas, en vez de insistir en ocuparse preferentemente del mercado local como había sucedido en las décadas de los años '50 y '60 desarrollaron un interés creciente por la exportación.

Es interesante recordar un episodio ocurrido en Australia en el sector siderúrgico. Este país se autoabastece de acero y debido a que para los años '70 la economía nacional estaba en recesión una gran empresa siderúrgica de capital local, que abastecía el 80% del mercado, pidió protección adicional para poder subir sus precios. A cambio de esto el gobierno acordó con ella la reestructuración de la planta mediante una inversión de cerca de mil millones de dólares, de los cuales un tercio lo aportó el Estado. Además se dispuso una drástica reducción del personal ocupado que pasó de 20.000 a 12.000 personas. De este modo la empresa volvió a obtener utilidades sin que fuera necesario elevar sus precios internos.

Mientras tanto en la Argentina para los mismos años de la década de los '70 el arancel promedio era del 49% con un máximo del 100% y un mínimo del 10%, o sea que se insistía en mantener la economía cerrada perdiéndose la oportunidad de exponer a las empresas a la competencia externa, única forma de impulsarlas a mejorar su productividad, tanto para enfrentar a la producción extranjera en el mercado local como para iniciar un proceso de internacionalización.

Pese a estos cambios Australia se encontró en los años '80 con un serio desequilibrio de balance de pagos. Mientras el nivel de consumo de los australianos es muy similar al de otros países industrializados el patrón de comercio exterior se asemeja más al de uno en desarrollo, pues el 75% de sus exportaciones son materias primas en tanto que las manufacturas explican la mayoría de las importaciones. La mayor apertura del mercado interno a la importación evidenció la falta de competitividad de varios sectores y acentuó las dificultades que enfrentaba la economía. Problemas estructurales tales como una especialización internacional desfavorable, un ahorro insuficiente, un mercado doméstico no lo suficientemente abierto y rigidez en las normas laborales llevaron a una crisis que trajo la necesidad de acelerar la reestructuración de la economía.

Para el año 1986 las importaciones australianas superaron las exportaciones en u\$s 16 mil millones mientras que la moneda perdió el 70% de su valor en relación al yen japonés y al marco alemán. Una de las causas de esta situación fue la baja de los precios internacionales del carbón, los minerales y el trigo. Pero también influyó que los sindicatos dispusieron paros de actividades que, en muchos casos, no tuvieron el propósito de reclamar por los derechos de los trabajadores sino el de plantear reclamos descabellados. El aumento de los salarios no guardaba relación con el incremento de la productividad al punto que el costo de una hora de trabajo en este país llegó a ser el más alto del mundo, con lo que no era posible competir internacionalmente. También se perdieron algunos mercados importantes por no cumplir con los compromisos de entrega debido a que las huelgas paralizaban los puertos durante meses.

Los problemas económicos que afectaron a Australia hicieron que los políticos aceptaran la necesidad de aplicar una política presupuestaria más restrictiva. Durante la campaña electoral de 1984 el gobierno se comprometió a ello al punto que el desequilibrio fiscal que para los años 1984/85 fue del 2,5% bajó al 1,4% en 1986/87, algo no fácil de alcanzar debido a la caída de ingresos impositivos, consecuencia de una menor actividad económica.

Para el año 1989 el gobierno llevó a cabo una política fiscal ajustada que permitió revertir los excesivos déficit presupuestarios en superávit. El gasto social fue reducido como nunca antes lo había sido y se procedió a bajar los aranceles de importación. Los más elevados fueron reducidos al 15% en etapas, mientras que los que oscilaban entre el 10% y el 15% pasaron al 10%. Entre tanto, para la misma época, la protección máxima en la Argentina doblaba a la de Australia, ya que su promedio era del 17% con un nivel máximo del 30%.

Como puede verse ya cuando Australia había resuelto poner fin a la política de "dos sectores" en la Argentina se insistía en distribuir entre toda la población las riquezas provenientes de los recursos naturales.

La inflación

La inflación fue un fenómeno que caracterizó permanentemente a la economía argentina durante los cuarenta años que siguieron a la segunda guerra mundial. Esta tuvo su inicio en el año 1946 y para 1975 había tenido, medida por el índice de precios al consumidor, un promedio anual del 30%. Pero lo peor vino después, ya que desde ese año y hasta 1988 alcanzó un promedio del 150%. Entre mayo y julio de 1989 la hiperinflación se manifiesta en toda su magnitud llegando en julio al 197% mensual, nivel récord en la historia argentina. En cambio, en Australia la variación de los precios alcanzó el 15% en 1974 y 1975 para luego ir decreciendo hasta el 7% en 1985.

Esta inflación en la Argentina no fue sino el reflejo del mal manejo de las cuentas públicas y de la incapacidad de los sucesivos gobierno para rechazar presiones por mejoras salariales que no vinieran acompañados de un aumento en la productividad, así como de demandas de los sectores de empresarios en busca de subsidios, desgravaciones o créditos oficiales a tasas de interés negativas.

De las lecturas de los mensajes con que en Australia los gobiernos acompañan los proyectos de Presupuesto anuales que se envían al Congreso surge con claridad la preocupación que allí existió por la estabilidad de precios. Siempre hubo consenso de que éste es un factor crítico y decisivo para el logro, tanto del equilibrio externo como del crecimiento para la producción y el empleo. En las décadas de los años '50 y '60 se ponía en vigencia políticas recesivas cuando los índices de precios se aproximaban a tasas de 4% anual. Las medidas incluían aumentos de impuestos y disminución o postergación de gastos públicos. En el mismo sentido se tomaban decisiones de política monetaria y cambiaria.

En las décadas del '70 y '80 este país sufre, como casi todo el mundo, las presiones inflacionarias derivadas de los aumentos del precio del petróleo, pero el énfasis en preservar la estabilidad continuó vigente. En estos años la inflación estuvo en promedio entre el 8 y el 10%.

Pese a todo esto en los años '70 y '80 la inflación en Australia era más alta y menos previsible que en la mayoría de los países de la OCDE lo que generaba incertidumbre económica y afectaba al crecimiento. Otro problema que surgió durante este período fue el bajo nivel de ahorro nacional, que disminuyó de un 24% del PBI en los años '70 al 17% en los '90.

Con el propósito de revertir esta situación en el año 1983 comienzan transformaciones en la economía a partir de la crucial decisión de hacer flotar al dólar australiano. Como consecuencia la cotización de la moneda cayó bruscamente haciendo que las exportaciones fueran competitivas. Se dismantelaron muchos de los aranceles que por décadas protegieron industrias ineficientes de la competencia extranjera, se desreguló el sistema financiero, se comenzó a privatizar el transporte, las comunicaciones y los servicios públicos y se permitió que el mercado determinara las tasas de interés.

Sin embargo, como ya se dijo más arriba, durante el año 1986 Australia cometió serios errores de política económica a fin de intentar complacer al electorado. Los dos partidos políticos principales del país competían en esta carrera hasta llegar a lo absurdo. El gobierno, por ejemplo, dio ayuda monetaria a los hijos menores que preferían vivir fuera de la casa de sus padres para gozar de libertad. Los desocupados, las viudas, las madres

solteras, los jubilados, los estudiantes eternos que no estudian, los verdaderos inválidos y los que aparentaban serlo, recibían generosos pagos que les permitían vivir con cierta comodidad sin hacer ningún esfuerzo. Como en Australia no existía ningún documento de identidad, un número importante de inescrupulosos cobraban cheques bajo nombres diferentes. El gran desequilibrio entre las entradas y los gastos obligó al gobierno a recurrir a préstamos en el exterior.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que estos desvaríos fueran corregidos. Australia tenía para el año 1989 una inflación cercana al 8% que, hasta hacía pocos años podría haberse atribuido al desenfreno fiscal, pero no en 1989, cuando el superávit fue del 1% del PBI.

En la Argentina existía otro enfoque. Aquí se tendía a pensar que una tasa de inflación moderada estimada por algunos en un 30% anual, no afectaba al crecimiento y hasta hubo quienes pensaban que lo facilitaba.

En todos estos años hubo variados y frustrados intentos de dominar la inflación. La razón de estos fracasos estuvo esencialmente en la falta de convicción acerca de que la estabilidad es una condición necesaria para el crecimiento económico. En la Argentina la inflación perjudicó a la economía de varias maneras, pues debido a ella los empresarios tomaban decisiones equivocadas, dando lugar a un atraso periódico del tipo de cambio y terminando prácticamente con el ahorro y el crédito.

En los años anteriores a la segunda guerra mundial el ahorro en la Argentina era elevado. Reflejaba hábitos traídos por inmigrantes de España, Italia, del Cercano Oriente de Rusia y de Polonia que se fueron transmitiendo a sus descendientes. La gente colocaba los ingresos que no consumía en los bancos, en acciones de empresas, en bonos del gobierno argentino o en adquirir inmuebles para ser alquilados.

La inflación que sobrevino luego de la guerra hizo que los ahorristas se encontraran con que las tasas de interés que pagaban los bancos eran negativas, que lo mismo sucedía con la renta de los bonos y que adquirir acciones en la Bolsa era riesgoso. En cuanto a aquellos que habían comprado inmuebles y los tenían alquilados debieron soportar las consecuencias de un decreto-ley dictado por el gobierno militar que tomó el poder el 4 de junio de 1943, por el cual los montos nominales de los alquileres quedaron congelados por tiempo indefinido, así como también las cláusulas que ponían fin a los contratos.

Desde mediados de la década del cuarenta hasta el año 1975, con la sola excepción de un par de años, las tasas de interés del dinero administradas por el Estado fueron fuertemente negativas, pues estaban muy por debajo de la tasa de inflación, situación que dio lugar a una caída vertical del ahorro volcado al sistema bancario.

Estas circunstancias dieron lugar a que se crearan dos mercados, uno bancario y otro no. Existían grandes diferencias entre los dos, pues para el ahorrista participar en el primero suponía cobrar un interés inferior a la inflación, pero si para ganar uno que fuera más elevado lo hacía en el otro corría el riesgo de perderlo todo.

En la Argentina durante décadas las contabilidades de las empresas fueron mantenidas en valores nominales, de modo que el proceso inflacionario impidió que reflejaran el resultado de los negocios, así como la situación patrimonial. La consecuencia fue que el mercado para la colocación de acciones tendió a desaparecer.

Varias décadas bajo estas condiciones determinaron cambios profundos en los hábitos de los ahorristas: en muchos casos hubo personas que resolvieron consumir todo o casi todos sus ingresos, otros compraron segundas viviendas para uso personal tanto en el interior como en la costa atlántica de la Argentina o el Uruguay. Algunos atesoraron billetes emitidos por países más serios, en particular de EE.UU., y los guardaron “bajo el colchón”. Pero lo más frecuente fue colocar los ahorros en el exterior, y ésto no lo hicieron solo personas de elevados ingresos sino también centenares de miles de profesionales, productores rurales, comerciantes, industriales así como pequeños ahorristas que procuraban prevenir la vejez en un país con un sistema jubilatorio en quiebra, las enfermedades o asegurar medios para la educación de sus hijos. Para el año 1987 el Banco Internacional de Compensaciones de Basilea informaba que Venezuela y la Argentina encabezaban la lista mundial de países con mayor fuga de divisas.

Como se ve las políticas llevadas a cabo por la Argentina y Australia también difirieron en la posguerra en lo que hace a la estabilidad de precios. Mientras que en este país se la cuidó mediante presupuestos equilibrados y bajos aranceles de importación, en la Argentina se insistió en una política distributiva tanto a través del proteccionismo industrial como mediante un gasto público que superaba los ingresos. El resultado para la Argentina fue la destrucción del ahorro con lo que la inversión casi se limitó a la que vino de fuera.

Las retenciones

Luego de la segunda guerra mundial, en la Argentina se castigó al agro con una moneda sobrevaluada, impuestos a la exportación, insumos más caros que los internacionales y un sistema de transportes cada vez menos eficiente. Así fue que el país perdió posiciones en los mercados internacionales que fueron tomadas por sus competidores en EE.UU., Canadá, Australia y, años después, en la Comunidad Económica Europea.

Entre los años 1934/35 la Argentina abastecía el 64% del mercado mundial de maíz, el 19% del de trigo y sus harinas y el 40% del de carnes vacunas. Para 1985/89 estas relaciones habían bajado respectivamente al 8%, 5% y 8%. La disminución en la producción de trigo de la Argentina de la posguerra contrasta con el fuerte incremento habido en Canadá, Australia y EE.UU. De este modo Australia pasó de abastecer el 10% del mercado mundial de este cereal en 1929/30 al 13% en 1977/82.

Esta tendencia se originó en dos factores, uno internacional y el otro local. El primero tuvo que ver con el proteccionismo que Europa desarrolló después de la segunda guerra mundial respecto de los alimentos, así como los subsidios que tanto estos países como EE.UU. otorgan a la producción y exportación del agro. El segundo con la confiscación por parte del Estado argentino de buena parte del contravalor de las divisas que la producción agropecuaria obtenía con sus exportaciones. Además, jugó un papel importante el poco esfuerzo que en estos años se hizo para controlar la aftosa, mal que limitó las exportaciones de carnes vacunas frescas y refrigeradas a cada vez menos mercados.

Lo que se hizo en la Argentina después de la guerra fue precisamente sacrificar la producción agropecuaria en procura de otros objetivos, principalmente el desarrollo industrial. Esta transferencia de ingresos del sector rural al urbano quitó todo incentivo a

los agricultores para invertir, con el resultado de que la producción agropecuaria no pudo utilizar los productos químicos que surgieron luego de la guerra y que sirvieron a otros países para expandir la productividad del sector.

Una de las diferencias básicas entre ambos países en la política de sustitución de importaciones fue el tratamiento del sector rural. Australia nunca perdió de vista la importancia del que contaba con mayor ventaja comparativa y que le permitía sostener y financiar el crecimiento económico.

En efecto, la política oficial de Australia favoreció, luego de la segunda guerra mundial una rápida industrialización, pero hacia el año 1951 se entendió el peligro que entrañaban los excesos y se pasó a prestar más atención a la producción agraria. De este modo, de concentrar la atención en el desarrollo industrial se pasó a hacerlo con un doble objetivo: el agro y la industria. Esta fue una decisión económicamente correcta ya que implicó reconocer que la expansión industrial en esta etapa de su desarrollo económico dependía de que los ingresos provenientes de las exportaciones de materias primas fueran suficientes para pagar las compras en el exterior de los equipos y materiales necesarios.

Australia no cayó en el error de la Argentina de quitar recursos al agro para transferirlos al sector manufacturero y, en cambio lo favoreció con exenciones impositivas, subsidios a los combustibles y fertilizantes así como con eficientes prestaciones de servicios de investigación destinadas a asesorar a los productores sobre la variedad de semillas a usar, las técnicas de plantación y recolección o en la conservación de la fertilidad de los suelos. Estas medidas resultaron en un aumento de la productividad del sector y evitaron que Australia soportara crisis recurrentes de balance de pagos, como sí ocurrió en nuestro país.

La aplicación de impuestos a la exportación fue una manifestación más de una desorbitada política distribucionista iniciada luego de la segunda guerra mundial en nuestro país. Además de asegurar salarios elevados y pleno empleo con la protección industrial y a través de empresas públicas monopolistas, se gastaba más de los ingresos por impuestos, y se gravaron las exportaciones del sector que proveía las divisas con las que se financiaba tanto el funcionamiento de la economía como las necesidades fiscales. Esta última circunstancia extendió la falsa creencia de que no era necesario pagar tantos impuestos para sostener al Estado. Como resultado, se instaló en el país la falsa ilusión de que la Argentina era un país rico donde el desarrollo económico y el bienestar de sus habitantes no dependía ni de su esfuerzo ni de su disciplina.

En los '80 el esquema se derrumba

Como consecuencia de una política tendiente a lograr que una parte de la economía subsidiara a la otra el PBI per cápita de Australia que, según algunas estimaciones, era al comienzo del siglo XX superior al de la Argentina en un 75%, para el año 2000 lo era de un 153%.

Ya en los últimos años de la década de los '80 la situación se había vuelto insostenible. La ineficiencia acumulada hizo que la economía creciera cada vez menos al punto que ya no se beneficiaban siquiera los sectores privilegiados. Como invertir en el país no era negocio, casi todo lo que se ahorraba se enviaba al exterior. Comienzan entonces a aparecer los mismos síntomas que han regresado a fines de los años '90: elevado

desempleo, tendencia por parte de los jóvenes a abandonar el país y crecimiento de la violencia como expresión de la desesperanza. Como remate de esta situación entre los meses de marzo y julio de 1989, aparece la hiperinflación por primera vez en la Argentina.

LOS CAMBIOS EN LOS AÑOS '90

La profunda crisis que sacudió a la Argentina a finales de la década de los '80 hizo que la clase política tuviera que encarar transformaciones económicas que, uno a uno, fueron adoptadas en aquellos años por otros países de América Latina. Entre lo cambios hubo aciertos, como la fuerte baja de los aranceles de importación que se amplió con el proyecto de una unión aduanera con Brasil, Paraguay y Uruguay; y el fin a una inflación que había asolado al país por décadas y que fueran casi totalmente eliminadas las retenciones a las exportaciones.

Pero también se cometieron errores. Se insistió en mantener elevados déficit fiscales tanto a nivel nacional como de muchas provincias y algunos municipios. Dado que éstos se cubren mayormente acudiendo al crédito, la deuda externa ha alcanzado niveles tan elevados que han dejado al país sin acceso al mercado internacional de capitales.

La apertura de la economía

La reforma arancelaria encarada en la década de los años '90 no sólo determinó una rebaja sustancial en los niveles de la protección a las importaciones sino que también redujo la dispersión en los aranceles nominales, circunstancia que hacía poco menos que imposible asegurar un mínimo de protección efectiva para todos los bienes.

Se establecieron tres grupos de aranceles: 20% para bienes de consumo, 10% para bienes intermedios y cero para bienes de capital o intermedios no producidos localmente. Esas reducciones fueron complementadas con la eliminación de restricciones para arancelarias, con excepción del régimen especial para la industria automotriz que aún continúa vigente en casi toda su extensión.

Para el año 1989 el arancel promedio normal era del 17% con un máximo del 30% y un mínimo de cero mientras que para 2001 el promedio había bajado al 14% con un máximo del 35% y un mínimo siempre de cero.

De todos modos para el año 2001 el arancel aduanero de Australia es mucho más bajo que el de la Argentina, como que es de cero para las materias primas en tanto que para las manufacturas solo llega al 5%. Aunque aún quedan algunos sectores especialmente protegidos como los automóviles, los textiles, la vestimenta, el calzado y mediante duras exigencias sanitarias y fitosanitarias para la producción agropecuaria.

Cabe agregar que en Australia los aranceles para los automóviles pasaron del 32% en 1992 al 15% para el año 2000 y que seguirán disminuyendo hasta el 10% en 2005. Pero este bajo arancel es complementado con un impuesto interno a la compra de automóviles de lujo que incide en aumentar hasta en un ciento por ciento el precio CIF de importación. Se trata de un criterio similar al aplicado en Chile, país donde también para automóviles que

exceden cierto valor al arancel de importaciones es necesario sumar un impuesto interno que llega al 80%.

A lo anterior se suma que las fuerzas armadas de Australia otorgan exclusividad al abastecimiento de elementos provistos por la ya mencionada industria de material bélico. Los gravámenes a la importación para textiles, vestimenta y calzados fueron reducidos a una tasa máxima del 25%.

Una prueba de que las reglas agrícolas de cuarentena de Australia y Nueva Zelanda son vistas como una barrera para arancelaria resulta de que es, por el momento el único impedimento económico importante que condiciona las negociaciones con el sudeste asiático, proyecto que apunta a crear un área de libre comercio que cubriría el mercado para unas 530 millones de personas. Según el diario "The Australian" los productores agrícolas de los países del este asiático enfrentan en Australia y Nueva Zelanda una formidable barrera para la entrada de alimentos debido a la existencia de uno de los regímenes sanitarios y fitosanitarios más duros del mundo.

Una opinión interesante sobre el grado de protección del arancel australiano se puede obtener consultando los documentos de la Organización Mundial de Comercio. En su reunión del mes de marzo de 1994 el Consejo de la OMC, que periódicamente revisa el cumplimiento de las normas de comercio por parte los países miembros, expresó preocupación al examinar el arancel de Australia por la persistencia de altas protecciones en sectores tales como los vehículos automóviles de pasajeros, los textiles, la vestimenta y el calzado.

Entre otras cuestiones que no conformaron al Consejo cabe citar las prescripciones de cuarentena y las reglamentaciones sanitarias y fitosanitarias que impiden de hecho la entrada de diversos productos agropecuarios y alimenticios importantes; las restricciones para las compras de las oficinas del Estado; las regulaciones sobre el contenido nacional para las frutas y el tabaco; los contingentes arancelarios aplicables a ciertos tipos de quesos; las políticas preferenciales de compras del sector público vigentes en varios Estados y Territorios y el hecho de que Australia no es miembro del Código de Compras del Sector Público.

Ya a fines de la década de los años '90 el desarrollo de Australia no podía basarse en un pequeño mercado doméstico de 18 millones de personas, como pudo hacerlo durante el período proteccionista. Pero debido a la apertura de la economía las empresas aprendieron a fabricar nuevos productos y a conquistar nuevos mercados. La mayor parte de las fábricas de vestimenta, en una época fuertemente protegidas, cerraron sus puertas dejando lugar a nuevas actividades con un mayor valor agregado, como equipos médicos y autopartes. Cuando en 1997 comenzó la crisis asiática muchas empresas australianas, cuyas ventas a estos países habían caído, buscaron otros destinos en Europa y EE.UU.

Pero la perenne controversia entre libre cambistas y proteccionistas tampoco ha tocado a su fin en este país. Allí algunos sostienen que las manufacturas locales son más competitivas internacionalmente desde que los aranceles de importación fueron disminuidos. Otros no están tan seguros y opinan que la industria se ha orientado más hacia las exportaciones principalmente debido a una baja sustancial en el consumo interno. Además creen que el gobierno ha expuesto a la industria a la competencia internacional sin antes concluir las reformas laborales y la red de transportes, aspectos que le darían la

posibilidad de competir. Se agrega que el resultado es una dramática pérdida de puestos de trabajo.

Como puede verse, si bien en la Argentina durante la década de los años '90 se redujo sustancialmente la protección arancelaria, ésta continuó siendo sensiblemente más elevada que la de Australia. El principal obstáculo con que se tropezó para hacerlo estuvo en la política cambiaria. Al establecerse una cotización fija no resultó prudente exponer a las actividades industriales a una mayor competencia extranjera, pues no existe la posibilidad de defenderla con oportunas devaluaciones ni de estimular de este modo las ventas al exterior. Diferente fue la situación en Australia, donde la posibilidad de devaluar la moneda, oportunamente utilizada, permitió reducir a un 5% la protección arancelaria para la industria sin experimentar mayores problemas.

Esto que aquí se dice no implica, de modo alguno, sostener que el peso argentino esté sobrevaluado. Que no es así se demuestra viendo el aumento de las ventas al exterior que para la Argentina entre el promedio de los años 1989/91 y 2000 fue del 134%, nada malo y mejor que el de Chile que llegó al 115%, del de Brasil con el 70% y del de Australia con el 63%.

Es verdad que en los últimos años las exportaciones han crecido menos, como que entre 1997 y 2000 lo hicieron para la Argentina en solo un 0,1%, Chile tuvo una suba del 9% y Brasil, pese a las fuertes devaluaciones del Real, solo creció en un 4% en tanto que Australia lo hizo en un pobre 3%.

Queda claro entonces que lo que afecta a las ventas al exterior de la Argentina no es la cotización de su moneda, sino en sus exportaciones es demasiada alta la proporción de materias primas, problema que compararte con los otros tres países mencionados.

Lo que aquí se dice es que no es bueno que la cotización de la divisa de un país esté permanente ligada a la de otro con el que no comparte, ni los mismos problemas, ni las mismas ventajas. Por eso es necesario que la Argentina un día recupere el manejo de un instrumento de política económica tan importante como es el cambiario, lo que dista de decir que la devaluación sea una solución para la presente circunstancia por la que pasa el país.

El fin de la inflación

La estabilidad de precios finalmente llegó para la Argentina en el año 1991 con la aplicación de la Ley de Convertibilidad. Domingo Cavallo asumió el Ministerio de Economía cuando la suba de precios superaba al 1.000% anual. Las medidas tomadas que permitieron terminar con la inflación consistieron en que el Banco Central mantuviera permanentemente en su poder reservas en oro y divisas por un monto igual o mayor al de los pesos en circulación, además de preñar las reservas externas como garantía de la permanencia del valor de los pesos en circulación.

Para incrementar la producción de bienes exportables se requiere, además de inversiones extranjeras, otras que sean locales. Estas últimas son escasas debido a la debilidad del mercado de capitales argentino desangrado por la fuga de ahorros al exterior.

Para que las exportaciones aumenten también es necesaria una reducción de costos de producción, la que es obstaculizada por las altas tasas de interés, las que se pueden disminuir, entre otras cosas, mediante una mayor oferta de dinero.

El ahorro en la Argentina no es demasiado elevado debido a que décadas de inflación erosionaron el hábito. También esos años sin moneda estable llevó a que muchas personas lo refugiaran en cuentas en el exterior. Desde que la inflación ha sido dominada comenzó un lento proceso de recupero, pero éste es afectado por dos problemas: la desconfianza que inspira un Estado siempre desesperado por encontrar fondos para atender el déficit fiscal y por su incapacidad para controlar la evasión impositiva dado que, quienes evaden, no pueden depositar sus activos en bancos locales. Como consecuencia mucho del ahorro local se sigue yendo al extranjero.

Los motivos por los que el dinero es tan caro en la Argentina, pese a no haber inflación, son principalmente los siguientes: el poco ahorro depositado en los bancos locales, un déficit fiscal que repercute en el riesgo país; el costo operativo de los bancos; las medidas tomadas por el Banco Central para asegurar la solidez del sistema; los impuestos sobre las tasas y la lentitud con los bancos pueden recuperarse, a través de la acción de la justicia, los créditos morosos.

Por su parte, a partir de 1996 en Australia se intensificaron las reformas fiscales para elevar el ahorro público y se adoptaron medidas para consolidar la credibilidad de la política monetaria. Cuando el gobierno presentó el presupuesto al Parlamento en mayo de 1999, anunció un casi inaudito superávit de u\$s 3,6 miles de millones.

Para el año 2000 la Argentina tuvo un déficit fiscal que, incluyendo a todos los niveles del Estado, fue de aproximadamente un 4,6% del PBI mientras que Australia obtuvo un superávit del 3,5%. En consecuencia la tasa de interés pasiva para depósitos a 90 días fue en la Argentina de 9,8%, mientras que en Australia llegaba a solo 6,2%. En cuanto a los créditos para la construcción de viviendas la tasa en la Argentina fue del 12,7% en tanto que para Australia llegaba a solo el 7,8% a pesar de que en el año 2000 la inflación de la Argentina fue negativa en un 0,7% en tanto que la de Australia llegaba al 4,5%.

Australia está cosechando los beneficios de los cambios estructurales hechos desde el año 1981, los que han dado más elasticidad a su economía. El gobierno que tomó el poder en 1996 ha llevado estas reformas más lejos, sobre todo reduciendo el poder de los sindicatos y vendiendo un tercio de Telstra, la gigantesca empresa estatal de telecomunicaciones.

La mayor diferencia que presentan actualmente las economías de la Argentina y Australia está en que en nuestro país persisten los déficit fiscales mientras que en Australia se goza de superávit. Lamentablemente las consecuencias no son menores, ya que su influencia sobre las tasas de interés hace que en la Argentina sea difícil para las empresas, sobre todo para las PYME's, lograr créditos a tasas razonables que permitan desarrollar nuevos proyectos de los que resulten el crecimiento de la economía, la disminución del desempleo y mayores exportaciones. En efecto, mientras las grandes firmas suelen acudir a bancos en el exterior donde logran créditos a un costo que varía con el riesgo país la mayoría de las PYME's paga tasas superiores al 18%.

La eliminación de las retenciones

Una de las medidas más importantes tomadas en la Argentina a principios de la década de los años '90 fue la eliminación de los impuestos que el fisco cobraba a la exportación de productos del agro. Hoy restan como únicas excepciones las semillas oleaginosas y los cueros.

Así como la política de castigo al agro determinó por décadas la decadencia en su capacidad productiva, la eliminación de los impuestos a la exportación dio lugar a una verdadera revolución, en especial en granos. Una mayor retribución resultante de la eliminación de las retenciones y pese a la baja de los precios internacionales, permitió que los agricultores emplearan productos químicos que con el anterior nivel de ingresos no resultaba posible. Así comenzaron a utilizarse fertilizantes, plaguicidas e insecticidas además de introducirse la siembra directa y las semillas transgénicas en algunos cultivos, en especial en la soja.

Los resultados de estos cambios fueron que, mientras para los años 1989/90 la producción de granos en la Argentina apenas superó las 34 millones de toneladas, para el período 1999/2000 alcanzó más del doble: 70 millones de toneladas.

Para el promedio de los años 1985/89 la Argentina abastecía el 8% del mercado mundial de maíz, el 5% del de trigo y sus harinas y 8% del de carnes vacunas. Para 1998/99 se había experimentado una mejora para el maíz y el trigo pasando ambos al 10%, pero dada la persistencia de la aftosa, bajó al 6% en el caso de la carne vacuna.

LOS PLANES PARA EL FUTURO

Australia ha tenido en todos estos últimos años una excelente evolución económica aunque persistan varios problemas que se reflejan la creencia prevaleciente entre ciertos financistas y potenciales inversores de que aún debe completar la transición desde una vieja economía, basada en recursos naturales, hacia otra impulsada por nuevas tecnologías, como la informática.

En Australia la contribución de las manufacturas a las exportaciones ha estado creciendo firmemente desde que la protección aduanera comenzó a bajar en los años '70. Si bien no se trata de un país de salarios particularmente altos su fuerza laboral es demasiado cara como para competir con la mayoría de los países asiáticos en productos de poca calidad, grandes volúmenes y bajo precio. Por eso es que se concentra en rubros en los que la tecnología y el conocimiento permiten incorporar un mayor valor agregado. Por ejemplo, si bien Australia cuenta con un mercado local demasiado estrecho como para producir automóviles, en cambio fabrica y exporta una amplia gama de componentes sofisticados para esta industria.

Este es exactamente el punto en el que está la Argentina. Con salarios demasiado elevados para competir en los mercados internacionales con artículos fabricados en países de más bajo nivel de vida debe buscar alternativas en otros que incorporen calidad, diseño o innovación.

Para el año 2000 las exportaciones de la Argentina de materias primas alcanzaron al 69% del total en tanto que las de Australia llegaban al 65%. Por otra parte las ventas totales al exterior medidas por habitante fueron para la Argentina en ese año de u\$s 711 llegando para Australia a u\$s 3.365. En lo que hace a manufacturas las de la Argentinas fueron de u\$s 221 y las de Australia de u\$s 915. Entre los años 1990 y 2000 las exportaciones de manufacturas de la Argentinas se incrementaron en un 141% en tanto que las de Australia lo hicieron en un 163%.

Otro problema que Australia aún no ha resuelto es el del déficit en cuenta corriente, que si bien se ha achicado gracias a la devaluación de su moneda, que todavía para el año 2000 estaba en el 4% del PBI. Un déficit de cuenta corriente no es peligroso si tan solo se trata de la contraparte necesaria de un superávit en la cuenta de capital, hecho que podría simplemente reflejar la habilidad de un país para atraer inversiones extranjeras. Si ese desequilibrio es financiado por capital de largo plazo destinado, por ejemplo, a la construcción de fábricas por parte de firmas extranjeras de cuya actividad vayan a resultar exportaciones cuyo valor exceda el monto de las transferencias de divisas, que por utilidades realicen, el resultado será positivo. Distinta es la situación si se trata de inversiones de corto plazo en acciones y bonos las que pueden salir de un país tan rápido como entraron.

Pero en el caso particular de Australia el déficit se origina principalmente por el pago al exterior de intereses y dividendos circunstancia que, potencialmente, puede precipitar una repentina fuga de capitales con la posible consecuencia de una fuerte devaluación de la moneda, hecho que incidiría en las tasas de interés locales y en la actividad económica del país. Este riesgo es el resultado de la preferencia que tienen residentes en el exterior por las acciones y los bonos de este país, así como también por la baja propensión al ahorro de los locales, relación que ahora solo llega al 17% del PBI.

En Australia la mayor parte de la deuda externa la ha contraído la actividad privada de modo que el gobierno, que por otra parte cuenta con superávit presupuestario, no necesita acudir al mercado de capitales local lo que ayuda a que las tasas de interés permanezcan bajas. Si una firma privada en algún momento no puede atender a sus deudores del exterior estos la compran o simplemente quiebra. El resultado ha sido que se han producido muchas trasferencias a manos extranjeras de empresas de la gran minería, la energía y la industria.

La Argentina también ha tenido, y lo sigue teniendo, un déficit en su cuenta corriente externa que mayormente ha sido cubierto con ingresos de divisas resultantes de la venta en el extranjero de bonos del Estado o por la llegada de capitales especulativos de corto plazo. Además aquí el ahorro no es mayor que el de Australia con el agravante de que, por los motivos ya explicados más arriba, muchos residentes colocan sus activos en el exterior.

Que la estructura de exportaciones de Australia no corresponde a la de un país desarrollado se confirma por el hecho de que de entre los 15 países del mundo que para el año 1999 la superaban en el PBI per cápita, solo Noruega exporta una proporción tan baja de manufacturas. En este caso las ventas al exterior de Australia de productos industrializados fue del 29% en tanto que Noruega, un país con poca población y una gran

producción de petróleo, lo hace por el 30%. De los restantes catorce todos venden al exterior manufacturas en una proporción superior al 80% de sus ventas totales con la excepción de Dinamarca con el 65%, Holanda con el 70% y Bélgica con el 78%.

Si ponemos la atención en aquellos países considerados como desarrollados por tener un PBI per cápita superior a los u\$s 8.000 vemos que nueve tienen un nivel de vida inferior al de Australia. De estos, en cinco la proporción de manufacturas que exportan superan el 80% de las totales, en tanto que lo hacen por menos Nueva Zelanda con el 32%, Grecia con el 54%, Canadá con el 66% y España con el 78%.

Como puede verse Australia es el país entre los publicados por el Banco Mundial y considerados como desarrollados, con una menor proporción de manufacturas entre sus exportaciones, hecho que confirma la necesidad del cambio.

Los planes australianos

Es debido a la necesidad que Australia tiene de incluir más manufacturas entre las exportaciones que el Ministro de Comercio de este país, Mark Vaile, publicó en el mes de abril de 2000 un plan con detalles relativos al comercio exterior a fin de examinar las grandes fuerzas que, en los próximos lustros, habrán de transformar las características del mundo en el que el país deberá desenvolverse. Este incluye las tendencias hacia la globalización, el creciente papel de las industrias basadas en el conocimiento y el impacto de las nuevas tecnologías, el comercio a través del internet, la biotecnología y los nuevos materiales y fuentes de energía.

También proyecta Australia incrementar la exportación de servicios, siendo su mayor éxito en este campo el turismo que se ha convertido en una gran fuente de empleo y genera amplios ingresos de divisas. Son factores que lo ayudan el bajo valor del dólar australiano, sus excelentes vinos y alimentos, su gente amigable, un buen servicio de salud y niveles de seguridad de primer mundo, así como una baja tasa de delincuencia. Durante la década de los años '80 el número de visitantes del exterior se ha más que duplicado alcanzado a 4,5 millones en el año 1999. También tiene ingresos de divisas resultantes de que alrededor de 83.000 estudiantes, la mayoría de Asia, se inscriban en sus universidades e institutos de educación superior.

En el informe se sostiene que la economía global está pasando por un período de cambio estructural significativo, caracterizado por un creciente rol de los servicios y de las industrias basadas en el conocimiento, así como por cambios revolucionarios en la tecnología. Se agrega que la capacidad para la innovación, el capital humano y la tecnología de la información son importantes en una economía basada en el conocimiento así como también la apertura al comercio internacional y a la inversión extranjera directa.

Se reconoce en el informe que Australia está bien posicionada para ser un jugador importante en la economía mundial del conocimiento dada su altamente educada y anglo parlante fuerza de trabajo, a que realiza grandes gastos en tecnologías de la información y debido a la elevada penetración de internet en su economía, así como por ser altamente competitiva e incluir numerosos emprendedores.

Algunos factores tales como el ambiente de negocios, las tecnologías de la información y de las comunicaciones, la capacidad de innovación y el desarrollo de los

recursos humanos son indicadores que ayudan a evaluar si un país se encuentra listo para ingresar en una economía basada en el conocimiento. De acuerdo con estos parámetros Australia ya está en el buen camino, pues las industrias basadas en el conocimiento son responsables del 48% del PBI.

Por supuesto una de los esfuerzos centrales del gobierno australiano tendientes a adecuarse a los nuevos tiempos está en la mejora de la educación. Para ello está previsto incrementar los recursos para las universidades donde se estudian ciencias y tecnologías de la información, así como dotar de más fondos a los colegios de nivel secundario para la enseñanza de materias científicas, las matemáticas y las tecnológicas.

Se proyecta apoyar la expansión de los Centros de Investigación Cooperativos (CRCs) que han jugado un importante rol en alentar conexiones más estrechas entre los investigadores y el sector privado y se incrementarán los recursos de que dispone el Consejo Australiano de Investigación.

Se cree que existen sectores en los que a Australia le podría ir bien si emplea el comercio electrónico. Ya hay bastante experiencia en la venta de servicios vinculados con la educación y la salud para personas del exterior, como que muchos asiáticos viajan a este país para recibir tratamiento médico privado.

Durante las décadas de los años '80 y '90 las fuertes inversiones que en Australia fueron destinadas a tecnologías para el procesamiento de datos y a las comunicaciones jugaron un papel significativo en la impresionante aceleración de la productividad laboral lograda luego del año 1995. Casi la mitad del crecimiento en el período 1995/99 puede explicarse por un aumento de las inversiones, de las cuales alrededor de dos tercios tuvieron como destino los sectores de la informática y las telecomunicaciones (hardware y software). Una comparación con otros países muestra que el aporte del capital al crecimiento de la productividad ha sido tan grande como el habido en EE.UU. y bien por encima del promedio de los países del área del Euro.

Australia no está rezagada respecto a otros países en la aplicación de tecnología. En cuanto al acceso a computadoras personales y al internet no está lejos de EE.UU. y muy por delante de Europa y Japón, y en lo que hace al uso de telefonía celular supera a los dos primeros. Esto debería impulsar la productividad y el crecimiento futuro.

Las perspectivas en las nuevas formas de cambio tecnológico para dentro de la próxima década son particularmente asombrosas. Internet, limitado hace diez años a casi únicamente intercambios académicos ha comenzado a canalizar una parte sustancial del comercio internacional. Su uso por parte de los adultos es del 43% en Australia, solo detrás de Noruega, EE.UU., Islandia y Suecia.

La biotecnología ha comenzado a impactar notablemente la producción mundial con una cosecha de alrededor de 47 millones de hectáreas de granos genéticamente modificados. En el informe puede leerse que los productores agrícolas australianos enfrentan el dilema de que pueden ser dejados atrás si no adoptan la biotecnología y, de hacerlo, correr el riesgo de provocar la resistencia del consumidor. Se agrega que el acceso a esta técnica de producción será crítico para muchos sectores si se desea mantener la competitividad internacional.

Una estimación publicada en el informe sostiene que si se opta por un uso limitado de la biotecnología las exportaciones australianas de productos agrícolas y de alimentos procesados aumentarían fuertemente al ganar competitividad respecto de otros países, siendo el incremento total de las exportaciones de aproximadamente 2.3%, o u\$s 2 miles de millones. Si en cambio se optara ampliamente por la biotecnología el crecimiento de las exportaciones totales sería del 2.8%, o u\$s 2.5 miles de millones.

Australia tiene una incipiente industria dedicada a la biotecnología, pero la actividad es pequeña en comparación con Europa y EE.UU. También cuenta con experiencia en este campo para apoyo en aplicaciones agrícolas. Por ejemplo, una firma especializada en desarrollar semillas para la papa ha logrado mayor volumen de producción además de posibilitar que el cultivo se desarrolle en lugares donde prevalecen condiciones climáticas adversas.

En lo que hace a nuevos recursos en el informe se señala que el gas natural será la fuente de energía primaria de más rápido crecimiento en el mediano plazo y que es cada vez más atractivo como fuente de energía eléctrica por su eficiencia en relación al carbón o al petróleo. Resulta también más limpio que estas dos, haciéndolo más conveniente para quienes buscan reducir las emisiones que crean el efecto invernadero.

La producción de gas natural de Australia ofrece oportunidades de exportación sustanciales, como que se calcula que las actuales ya han hecho que el PBI se incremente en un 1.24%. Con una demanda internacional en aumento y con potencial para un mayor desarrollo de la extracción de gas natural, las oportunidades de ventas al exterior están creciendo. Sin embargo Australia deberá enfrentar una fuerte competencia en este mercado, particularmente desde Indonesia, Malasia y el Medio Oriente.

Los materiales avanzados son la base para el desarrollo de una variada gama de productos, desde construcciones edilicias más seguras hasta automóviles. La nueva tecnología hace que el desarrollo de materiales se adecue cada vez más a propósitos y pedidos específicos de la industria. Existe una creciente disponibilidad de materiales más fuertes y livianos o que permiten mayores niveles de miniaturización.

Los nuevos materiales cuyo desarrollo se espera serán en el futuro más importantes comprenden metales más livianos y duros para su uso en automotores y estructuras de aviones. El magnesio y el titanio también están siendo examinados por su elevado potencial de empleo en las próximas décadas.

Se están desarrollando nuevos materiales cerámicos para una serie de aplicaciones, como cuando se necesitan partes que deben ser sometidas a un intenso desgaste por moverse a alta velocidad, y también para la electrónica. Además se están examinando las fibras textiles derivadas de la petroquímica para maximizar propiedades tales como la resistencia al fuego.

Según el informe el cambio tecnológico creará tanto oportunidades como amenazas para los exportadores australianos. Los niveles de educación así como la experiencia en muchas áreas técnicas e de innovación sitúan al país en buena posición para estar a la vanguardia de la innovación en varios sectores. Existen numerosos ejemplos de firmas australianas que ya son líderes en áreas tales como la farmacéutica, los productos de uso médico, el desarrollo del software y la tecnología de materiales.

Sin embargo, el cambio tecnológico también plantea algunas amenazas potenciales para las actuales exportaciones. Con las cambiantes tecnologías la demanda por algunos bienes y servicios aumentará mientras que la de otros caerá. Las menores ventas de lanas y azúcar que resultan de la aparición de alternativas en el mercado, tales como las fibras artificiales y los nuevos edulcorantes ya han sido demostrativos de estas amenazas.

Muchas de las áreas de tecnología emergente requieren de personal especialmente calificado. También se hace necesario un amplio acceso al capital de riesgo, de la movilidad laboral y de un ambiente doméstico competitivo que incentive la innovación.

Como se ve Australia está ya ingresando en una economía altamente informatizada, circunstancia que le está permitiendo mejorar su productividad. También esto sucede en nuestro país, pero a un ritmo más lento.

En la Argentina el comercio electrónico alcanzó en el año 2000 la modesta suma de u\$s 150 millones, monto que significó el 4% del total para América Latina. En cuanto al número de computadoras personales para el año 1997 por cada 100 habitantes en Australia había 35, solo debajo de EE.UU. con 42 y por encima de Canadá con 28. Mientras tanto en la Argentina había solo 5, un poco por debajo de Venezuela y algo por encima de Sudáfrica.

En el año 1995 había en Australia 2,2 millones de teléfonos celulares mientras que en Argentina solo existían 340 mil. Para 1999 en Australia llegaban a 6 millones en tanto que en la Argentina habían pasado a 3,9 millones. Así en la Argentina había 11 aparatos por cada 100 habitantes en tanto que en Australia llegaban a 31.

Pero también la Argentina ha avanzado en el cambio de los servicios de alto contenido tecnológico. Lo prueba la reciente venta de un reactor nuclear de investigaciones por u\$s 180 millones realizada por una empresa argentina (INVAP) a otra australiana (ANSTO), de los cuales entre u\$s 30 millones y u\$s 40 millones corresponden a equipos en tanto que el resto se explica por la provisión de tecnología de alta calidad.

Un hecho más reciente habla de estas posibilidades, como cuando la empresa norteamericana Zymed Laboratories Inc. de California adquirió en julio de 2001 a un centro de investigación argentino la licencia para comercializar mundialmente un anticuerpo para la lucha contra el cáncer. Este fue desarrollado por el equipo del doctor José Mordoh del Laboratorio de Cancerología del Instituto de Investigaciones Bioquímicas de Buenos Aires (Conicet-Fundación Campomar). La licencia no es exclusiva, se otorgó por diez años y la patente permanece en la Argentina. Según el convenio el país obtendrá en concepto de regalías entre un 6 y un 12% de las ganancias que el Laboratorio logre por su comercialización.

Como puede verse en Australia se piensa y trabaja para superar una estructura productiva basada fundamentalmente en las materias primas mediante una mayor educación tecnológica, la expansión de la informática, de la biotecnología, del uso de nuevos materiales y de la venta de más servicios. No ocurre lo mismo en la Argentina donde aún nos falta poner orden en algunas variables básicas de la economía, como el logro de un superávit fiscal que permita reducir las tasas de interés. De todos modos es importante observar cómo en aquel país se planea el futuro, pues sin duda entre nosotros ésta será la

primera preocupación a atender una vez que hayamos concluido esta etapa de normalización de los parámetros básicos de la economía.

Las negociaciones internacionales

En el citado informe al abordar el tema de la inserción del país en el comercio mundial se dice que Australia necesita un sistema internacional de comercio fuerte basado en reglas explícitas, que garanticen el acceso a los mercados internacionales y que provean de un ambiente predecible para que crezcan las exportaciones. Estos son los motivos por los que, su gobierno, apoya fuertemente el lanzamiento de una nueva rueda multilateral de negociaciones comerciales en la OMC que se concentre en la búsqueda de un mayor acceso a los mercados.

En el informe se estima que es posible que la primera década del nuevo siglo se caracterice por un continuo giro de los países hacia el regionalismo, y que su intensidad dependerá en parte del momento en el que se lance una ronda de negociación en la OMC y de cuanto tiempo tome su finalización.

En Australia se estima que el número de acuerdos comerciales regionales en el área de Asia Pacífico puede aumentar a medida que las economías importantes, incluyendo la de Japón, consideren las ventajas de adoptar un enfoque más flexible respecto de acuerdos comerciales preferenciales. En esta línea Australia acordó trabajar para aumentar sus negocios con sus vecinos de Asia y está negociando una zona de libre comercio con Singapur.

En el informe se anota que se está evaluando cuán grande puede ser el interés de EE.UU. en alcanzar un acuerdo de libre comercio bilateral con Australia.

La Argentina tiene al igual que Australia una posición positiva respecto de la conveniencia de que en la Organización Mundial de Comercio tenga lugar una ronda de negociaciones. Sin embargo, y tal como se piensa en Canberra, la lentitud con la que se avanza en su preparación aconseja en lo inmediato buscar acuerdos regionales económicos con otros países del mundo, tal como lo están haciendo también México, Chile o Nueva Zelanda.

Australia con excepción de su zona de libre comercio con Nueva Zelanda no ha logrado aún alcanzar una asociación aduanera preferencial con sus vecinos, a diferencia de lo que sí ha podido hacer nuestro país. La formación del Mercosur nos ha permitido expandir fuertemente los intercambios entre los países miembros al punto de que, desde el ángulo comercial, se lo puede considerar un éxito completo. Prueba de ello está en que para el año 1990, el anterior al del inicio de la formación del Mercosur, solo el 12% de las exportaciones argentinas tenía al Brasil como destino mientras que para el año 2000 la proporción subió al 27%. En cuanto al Brasil sus ventas hacia la Argentina significaban en la primera fecha apenas el 2% de las totales, alcanzando ahora al 13%.

Luego de algunos años en que los intercambios entre los países del Mercosur crecieron vigorosamente los problemas comenzaron a hacerse presentes, siendo el más grave el originado por la continuada pérdida del valor del Real a partir del 13 de enero de 1999.

Una vez iniciado este proceso de continuas devaluaciones el gobierno del Brasil se negó terminantemente a que los otros tres países miembros tomaran medidas para protegerse de las consecuencias sobre el comercio recíproco. La opinión predominante en aquel país fue, y lo sigue siendo, que es la Argentina la que, a fin de atender el problema, debía devaluar el peso. Fueron varios y poderosos los motivos que impidieron seguir este consejo: en primer lugar preservar la vinculación fija del peso con el dólar como un medio de asegurar la estabilidad de precios y luego evitar que quienes estuvieran endeudados en monedas extranjeras -consumidores, empresas y el propio Estado- sufrieran por la modificación de la paridad. Pero también influyó el hecho de que, pese a la baja de aranceles llevada a cabo diez años antes, la protección prevaleciente respecto de importaciones desde países terceros siguiera siendo lo suficientemente alta como para que no fuera necesario devaluar la moneda como medio de preservar las actividades productivas.

Por otra parte las exportaciones de la Argentina al Brasil tuvieron su techo en el año 1997 con u\$s 8.060 millones, o sea el 32% de las totales, habiendo bajado en el año 2000 a u\$s 7.025 millones, el 27% de las totales.

El agotamiento de las posibilidades de expansión de los intercambios dentro del Mercosur, sumado a los problemas que trae la continua pérdida de valor del Real, han puesto en duda la posibilidad de que el proceso de integración económica continúe exitosamente su curso.

Esta crisis se expresa en la creciente erosión de los compromisos contraídos en el Tratado de Asunción. Frente a la devaluación en Brasil la Argentina ha aplicado tanto a las importaciones como a las exportaciones el llamado “Factor de convergencia” fuera de extender a los países del Mercosur el otorgamiento de reintegros; con fecha 11 de julio de 2001 Paraguay comenzó a aplicar un 10% de derechos adicionales a 332 productos a las importaciones desde cualquier origen; en el mes de julio de 2001 el gobierno del Uruguay tomó medidas de control para las importaciones de textiles y calzado, con fecha 19 del mismo mes estableció precios mínimos para las compras de aceites comestibles provenientes de la Argentina y al día siguiente subió en un 3% el derecho de importación desde todo origen para todos los productos, excepto los bienes de capital que quedan en cero. Por otra parte eliminó el gravamen del 8% que aplicaba a la importación de estos equipos contradiciendo así el propósito del Arancel Exterior Común de llegar a un 14%.

Son varios los factores que inciden en la crisis por lo que pasa el Mercosur: una secretaría sin atribuciones, falta de voluntad política en los países miembros para utilizar el sistema de solución de controversias pero, tal como sucedió en la vieja ALALC, el problema central está en que prevalece un arancel de importación frente a países terceros excesivamente elevado, problema al que se suma presupuestos fiscales deficitarios. El resultado ha sido, por un lado procesos inflacionarios que conducen a alteraciones frecuentes de las paridades cambiarias y, por el otro, una protección arancelaria tan elevada frente a terceros países que permite el mantenimiento de monedas muy subvaluadas o muy sobrevaluadas.

Lo realizado en esta década en el Mercosur ha sido muy valioso para la economía de los países miembros razón por la que es necesario encontrar los medios que permitan

conservarlo para lo que, los cuatro gobiernos, deberían fijarse como objetivo lograr superávit fiscal y reducir la protección arancelaria.

Entre los proyectos que Australia tiene para los años próximos está el de acordar preferencias aduaneras con varios países industrializados entre los que sobresalen Japón y EE.UU. También la Argentina enfrenta posibilidades similares, en este caso con EE.UU., Canadá y la Unión Europea.

Con fecha 6 de julio 2001 la Unión Europea propuso al Mercosur un Acuerdo de libre comercio comprendiendo todos los productos y servicios. En esta oferta no se acepta someter el sistema de subsidios a la producción y la exportación, con la que la beneficia a su agricultura, a las conversaciones con el Mercosur en razón de que desea reservar su tratamiento al ámbito de las negociaciones que se están llevando a cabo en Ginebra, en el seno de la Organización Mundial del Comercio .

Por otra parte los europeos proponen que queden fuera del acuerdo los productos agrícolas que consideran muy sensibles, como carnes vacunas, cereales, arroz, lácteos, tabaco, azúcar, aceite de oliva, aves de corral y algunas frutas y legumbres procesadas, de modo que a menos que en las negociaciones esta posición se altere no es mucho lo que el Mercosur puede esperar en el área agrícola.

En cuanto a las manufacturas la Unión Europea promete en su oferta eliminar gradualmente, en el plazo de diez años, los derechos aduaneros ad valorem para los productos industriales que ingresen del Mercosur a su territorio a cambio de un trato recíproco.

Pero la Argentina sólo puede sacar provecho del gran mercado europeo a condición de que desarrolle empresas capaces de producir artículos competitivos tanto por su calidad, su innovación como su precio, algo difícil de alcanzar mientras la economía del país permanezca tan cerrada como al presente. De otro lado sería imprudente bajar fuertemente la protección aduanera sin haber logrado antes una mejora en la productividad de la economía y un tipo de cambio que la refleje permitiendo así defender la industria de la competencia extranjera. Finalmente no habrá en el país ni inversión ni costos bajos mientras prevalezcan tasas de interés tan elevadas como las actuales. Por todos estos motivos no parece que, por el momento y por muchos años, la Argentina vaya a estar en condiciones de aceptar el reto de integración en lo económico con la Unión Europea.

Otro importante frente de negociación que se ha abierto para el Mercosur en general y para la Argentina en particular es el proyecto de una zona de libre comercio que incluye a EE.UU. Si bien en este caso, a diferencia de lo que sucede con la Unión Europea, este país no ha presentado aún propuesta alguna es posible distinguir tres sectores de negociación que presentan posibilidades y problemas diferentes: la agricultura, la industria y los servicios.

En lo que hace a la producción agrícola EE.UU., tal como sucede con la Unión Europea, se niega a someter el sistema de subsidios a la producción y la exportación con el que la beneficia a las tratativas que mantendrá con los países de América Latina. La razón es que desea reservar su discusión con la UE, su rival a este respecto, en el ámbito de las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio .

Existen algunos productos agrícolas donde se presentan posibilidades de que la

Argentina pueda conseguir una mejora de acceso al mercado de EE.UU., pero dado que el proteccionismo agrícola en este país es acentuado esto será siempre limitado.

En lo que hace a la productos industriales hay en la Argentina dos visiones diferentes: la de los que piensan que el acceso a un gran mercado como el de EE.UU. representará la solución de los problemas del sector externo, y la de los que creen que traerá desastrosas consecuencias.

Los optimistas señalan como ejemplo las ventajas que ha logrado México al sumarse al NAFTA. Para el año 1990 exportaba u\$s 40 mil millones en tanto que para el año 2000 había alcanzado los u\$s 170 mil millones, la mayor parte colocados en EE.UU.

La industria maquiladora, responsable por el grueso de estas exportaciones, emplea más de un millón de personas y está concentrada mayormente sobre el límite con los EE.UU. En lo que hace al nivel de retribución debe decirse que los estadounidenses que trabajan en la frontera obtienen salarios que suelen ser entre tres y cuatro veces más altos de los que reciben los mexicanos que realizan las mismas tareas.

Quienes ven con pesimismo la posibilidad de integrarnos en lo industrial con EE.UU. creen que no estamos en condiciones de imitar a México, tanto por que la Argentina no tiene fronteras con aquel país cuanto por que los salarios son aquí más elevados.

La afirmación hecha mas arriba de que la Argentina sólo puede sacar provecho del gran mercado europeo a condición de que desarrolle empresas capaces de producir artículos competitivos, tanto por su calidad, su innovación como su precio, vale también para EE.UU. y Canadá y, en general, para cualquier otro país desarrollado. Hay pues aquí una diferencia muy grande respecto de lo que Australia proyecta para acuerdos regionales tanto por la diferencia en la protección aduanera, por las respectivas políticas cambiarias, como por el nivel de las tasas de interés.

CONCLUSIONES

Desde comienzos del siglo XX la población en la Argentina aumentó mucho más rápido que la australiana. Para el año 1900 en este país los habitantes llegaban a 3,8 millones mientras que fueron 4,6 millones los de la Argentina, o sea en un 21% más. Para el año 2000 las respectivas poblaciones habían pasado a ser 19,8 millones y 37,0 millones, o sea superior en la Argentina en un 87%. Estas diferencias en el incremento de la población se deben tanto a las respectivas tasas de crecimiento vegetativo como al hecho de que la inmigración en Australia está limitada a solo 80.000 personas por año. Para países que dependen en un 70% de la exportación de recursos naturales la velocidad a la que crece la población incide en el nivel de vida, estando aquí uno de los factores que explica la diferente evolución del PBI per cápita en ambas naciones.

La Argentina y Australia tenían a principios del siglo XX similares riquezas naturales y gozaban de parecido elevado nivel de vida. Un siglo después este país, a diferencia de la Argentina, está firmemente instalado entre los más ricos del mundo.

Para algunos el tan diferente aprovechamiento económico de circunstancias similares resulta de diferencias culturales. Se dice que la razón de fondo está en que un país fue colonizado por ingleses mientras que el otro lo ha sido por españoles, pero tampoco faltan los que sostienen que la causa hay que buscarla en los aspectos religiosos.

Es verdad que España, desde el punto de vista social, político y económico, debido a que sufrió golpes de estado y guerras civiles por 150 años se atrasó respecto del resto de Europa. Pero se trata de algo del pasado, ya que en los últimos lustros viene experimentando una rápida y positiva transformación. Su mercado se ha abierto al mundo sobre todo desde que, en 1986, se unió a la Unión Europea. En 1975 había en España siete millones de automóviles contra veinte millones de hoy día. Aunque el desempleo es aún elevado desde el año 1994 su economía ha estado creando nuevos puestos de trabajo más rápidamente que EE.UU., hecho que le ha permitido reducir el desempleo de un 24% del PBI en 1994 a 13% en el año 2001 a pesar de que fueron privatizadas empresas. La tasa de interés para el largo plazo disminuyó del 15% en 1990 a menos del 6% en el presente, mientras que el déficit del presupuesto, que significaba el 7% del PBI en 1995, está actualmente en cero.

En resumen, el PBI por cápita de España es aún la mitad de los países más ricos del mundo pero con un ritmo de crecimiento que supera el 3% anual, el más elevado entre los países que forman la Unión Europea, estas diferencias están disminuyendo. Esto explica que se haya revertido la corriente de inmigrantes que en el pasado partía hacia la Argentina

En cuanto al factor religioso la teoría más conocida, que sostiene que el capitalismo fue hijo de la ética protestante, fue expuesta a principios del siglo XX por el sociólogo alemán Max Weber.

La Iglesia de Roma siempre desconfió de los comerciantes y no hesitó en calificar de pecado a la usura. Pero esta actitud varió con el correr del tiempo a medida que los empresarios ganaron su importancia en la sociedad, hasta pasar a ser una pieza integral del mundo contemporáneo. A todo esto los protestantes, en vez de recomendar la pobreza y la contemplación espiritual, predicaron extremar el aprovechamiento de los dones materiales recibidos del Creador. De esta manera las riquezas acumuladas constituirían, según ellos, un reconocimiento divino de la virtud, no para goce personal, sino como una ofrenda a la mayor gloria de Dios. El razonamiento de Max Weber concluye con que ésta es la razón por la que algunos países de Europa superan a otros en su crecimiento económico.

Todos los historiadores se han opuesto a esta ingeniosa tesis debido a su falsedad evidente. En su momento los países del norte de Europa no hicieron otra cosa que ocupar el lugar que había pertenecido, por mucho tiempo y con brillante desempeño, a los viejos centros capitalistas del Mediterráneo. En verdad al reemplazar a las del sur las ciudades del norte de Europa no inventaron nada, ni en la técnica ni en la conducción de los negocios. Ámsterdam calcó el modelo de Venecia como Londres copió, a su vez, lo que Ámsterdam hacía y, en seguida, Nueva York imitó a Londres. La explicación de estas mudanzas fue que para esos años el centro de gravedad de la economía mundial se fue desplazando de unas regiones a otras por razones que nada tuvieron que ver con la naturaleza del capitalismo ni con la vocación religiosa de sus operadores.

Esto respecto del pasado. En lo que hace al presente un país católico como Italia tiene un PBI per cápita similar al del Reino Unido en tanto que otro, como Francia, no está nada lejos del de Alemania. No es verdad entonces que gracias a la religión protestante los países del norte de Europa hayan desarrollado la economía capitalista con más éxito que los católicos.

Está claro entonces que no existe ninguna desventaja cultural derivada de la raza o de la religión, que interfiera con las posibilidades argentinas de aprovechar plenamente sus potencialidades para el desarrollo económico. El mal que nos ha aquejado fue el de impulsar, por muchos años y con excesiva fuerza, una política de transferencia de ingresos de las manos de quienes poseían los recursos naturales en beneficio del resto de la población. Si bien había en esto un elemento de justicia, ya que las riquezas producidas en la pampa húmeda resultaban en poca medida del esfuerzo del hombre, el haber llevado el distribucionismo hasta los últimos extremos y por largos años impidió, por un lado, la acumulación de riquezas capaces de originar nuevas actividades y, por otro, permitió emplear a muchas personas en las oficinas del gobierno o en empresas privadas o públicas sin tener en consideración la eficiencia o el grado en que se atendía al interés general del país. La quiebra de este modelo nos ha dejado no solo empobrecidos, sino también desmoralizados hasta el grado de la humillación.

También es necesario reconocer que Australia ha tenido una ventaja en lo político y en lo institucional al haberse gobernado mediante una democracia estable desde la época de la Colonia. Influyó en esto que tanto el partido laborista como el conservador o liberal siempre obraron dentro del sistema, o sea que no cuestionaron al gobierno de turno mediante mecanismos que no fueran los legales. Esta estabilidad ha influido en el fortalecimiento de las instituciones, en la confianza y respeto de la leyes y de la justicia y, por lo tanto, a que el nivel de corrupción fuera bajo.

En la Argentina mientras tanto soportamos durante el siglo XIX anarquía, levantamientos armados, dictaduras y guerras civiles. Durante el XX tuvimos fraudes electorales y numerosos golpes de estado militares, siempre alentados por civiles que creían beneficiarse con la caída del gobierno de turno. El siglo XXI parece iniciarse bajo mejores auspicios, por lo que es probable que en lo político vayamos a recorrer en adelante un camino parecido al de Australia.

El desempleo en Australia era elevado hacia comienzos de la década de los '90 como que llegaba al 11%, pero desde entonces gracias a un sostenido crecimiento de la actividad económica y a reformas introducidas en las relaciones laborales tales como las negociaciones a nivel de empresa y la de vincular los salarios con la productividad. El resultado obtenido es que en la actualidad la tasa haya bajado al 6%.

En la Argentina en cambio ese índice llega al 16% debido, tanto a que el déficit de presupuesto da lugar a tasas de interés que impiden que el país salga de la recesión, como a algunas normas laborales.

Pero es evidente que se está recuperando terreno en lo económico, como que hace diez años fueron corregidos muchos de los errores del pasado. Se puso fin a la inflación, se dejó de esquilmar a los productores del agro, se disminuyó la protección a la industria y fueron privatizadas empresas del Estado. El resultado fue una mayor eficiencia de la

economía pero, debido a que las reformas no fueron completas, surgió como consecuencia un desempleo del 16% de la fuerza de trabajo, aumentó la pobreza y disminuyó la equidad.

Entre las transformaciones inconclusas fue central la persistencia de un déficit fiscal que resulta tanto de un gasto público excesivo como de una elevada evasión impositiva. Por otra parte, el arancel de importaciones continúa siendo demasiado alto al punto de cubrir ineficiencias que impiden el desarrollo de una industria exportadora. En este punto corresponde anotar una crucial diferencia con las políticas australianas pues en este país la flexibilidad de tipo de cambio permitió fuertes devaluaciones de la moneda que ayudaron a superar los efectos de la crisis económica de los países del este asiático, además de ayudar a preservar a la industria de la competencia extranjera.

Hace diez años la Argentina enfrentó transformaciones tan indispensables como dolorosas. Nada indica que, así como entonces se tuvo el valor de encarar cambios traumáticos, no se lo vaya a tener ahora para concluir la tarea. De esto depende que el país vuelva a crecer, que el desempleo disminuya y que esté de regreso la confianza en nosotros mismos. Es probable que los cambios no concluyan este año y que tomen más tiempo, puede que en vez de instrumentarse de una vez se hagan progresivamente, pero habrá que hacerlo debido a que es el único camino que nos aparta de la decadencia.

No parece difícil que el Estado se organice para facilitar la tarea de quienes se inicien con nuevos negocios propios ni tampoco que los establecimientos de educación ofrezcan programas adecuados a ese fin, pero lo que no se ve tan fácil es lograr que el crédito se otorgue a tasas de interés posibles de pagar por cualquier actividad lícita.

El principal motivo por el que el dinero es tan caro en la Argentina, pese a que la ausencia de inflación, es el poco ahorro depositado en los bancos locales. Este en la Argentina sigue emigrando al exterior debido a la desconfianza que inspira un Estado siempre desesperado por encontrar fondos para atender sus compromisos y a la incapacidad del gobierno para controlar la evasión impositiva, pues quienes no pagan se ven obligados a esconder sus activos.

En el mes de enero de 2001 FIEL presentó al Presidente de la Nación un estudio en el que se demuestra que, si la evasión en el pago de los impuestos disminuyera, el mayor ingreso resultante permitiría no solo eliminar el déficit de presupuesto, sino también alcanzar un superávit. El mismo estudio señala que la evasión en la Argentina del pago del impuesto a las ganancias llega al 50%, mientras que en el caso del IVA alcanza al 30%.

En Australia los ingresos impositivos alcanzaron en el año 2000 al 25% del PBI en comparación con el 20% en la Argentina. La diferencia de 5% puede atribuirse a una evasión en el pago de sus obligaciones por parte de los locales en mayor medida de la que soporta Australia, o sea que habiendo sido el PBI de la Argentina en ese año de 285,6 miles de millones ese exceso sumaría más de u\$s 14 mil millones, lo que confirma que bastaría con que entre nosotros los impuestos se pagaran en igual proporción en que se lo hace en Australia para que desapareciera el déficit del presupuesto fiscal, no solo del gobierno nacional sino también el de los otros niveles del Estado.

Así como la economía española se atrasó respecto del resto de Europa por 150 años, la Argentina perdió terreno con relación a la australiana durante la mitad de ese lapso. Pero también puede emplear tan pocos años como los que necesitó España para recuperar el tiempo perdido. La condición está en completar las transformaciones necesarias para entrar en sintonía con las exigencias de principios del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ALEMANN, Roberto T. “Breve historia de la política económica argentina 1500 – 1989”, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1989.
- “Argentina y Australia: dos gemelos distintos”, El Cronista Comercial, Buenos Aires, 21.05.1986.
- ARNAUDO, Aldo A. “La doctrina de los términos de intercambio hoy”, Academia Nacional de Ciencias Económicas, Buenos Aires, septiembre de 1996.
- “Attacking poverty”, Informe del Banco Mundial, Washington, 2000/2001.
- “ASEAN needs sign on farm exports”, The Australian, Sydney, 25.7.2000
- “Australia”, FOCUS – GATT, N° 106, Ginebra, 03.1994
- “Australia: Convertig the Try”, Conjoncture, París, julio 1994
- “Australia corrige excesos”, El Cronista Comercial, Buenos Aires, 14.01.1987
- “Australia, news of a distant cousin”, Conjoncture, París, enero 1997
- “Australia, "Pacific Economic Outlook”, Junio 1997
- “Australia”, Países de ICE, , ICE, Madrid, 08.1996
- “Australia: The Hard Luck Country”, Time, EE.UU., 11.11.1991
- “Australia y Argentina”, Panorama de la Economía Argentina Nro. 36, Buenos Aires, 10.1967
- “Australia’s Trade, Influences into the New Millennium”, VAILE, Mark, Ministro de Comercio de Australia, Canberra, 2001
- BIRDSALL, Nancy y LOZADA, Carlos E., “Recurring Themes in Latin American Economic Thought: From Prebisch to the Market and Back”, en HAUSMANN, Ricardo y REISEN, Helmut, “Securing Stability and Growth in Latin América”, OECD BID, París, 1996.

BUNGE, Alejandro, Publicado en el vol. VI, 1921, pp. 449-79. Disertación del viernes 10 de julio en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires. Forma parte del estudio que, sobre las industrias de las provincias del Norte, realiza el autor a pedido de la Universidad de Tucumán, 1921.

BUNGE, Alejandro, “La financiación de caminos y la venta de automóviles y otras manufacturas americanas en la Argentina”, Publicado en el volumen XVI, Buenos Aires, 1926.

BUNGE, Alejandro, “Las relaciones comerciales entre la Argentina y los Estados Unidos”, Publicado en el volumen XXIV, de la Revista de Economía Argentina, Buenos Aires, 1930.

BRAUDEL, Fernand, “La dinámica del capitalismo”, Il Mulino, Bologna, 1977

CAVALLO, Domingo: “El peso de la verdad”, Planeta, Buenos Aires, julio 1997

DAGNINO PASTORE, José María: “Crónicas económicas. Argentina, 1969 – 1988”, Editorial Crespillo, Buenos Aires, 1988.

DE LAS CARRERAS, Alberto, “El comercio de Ganados y Carnes en la Argentina”, Editorial Hemisferio Sur, Buenos Aires, 1986.

“Desventajas en materia forestal”, La Nación, Buenos Aires, 19.01.2001.

DURINI, Angel J., “Decadencia y renacimiento de la economía argentina”, Ediciones Macchi, Buenos Aires, diciembre 1984.

DRUCKER, Peter F. “Post-capitalist Society”, Harper Business, Nueva York, 1993

Economic and Financial Prospects, Swiss Bank Corporation, Suiza, 04.1987.

“El gasto político, en la mira”, La Nación, Buenos Aires, 26.5.2001.

FMI, Boletín “Bilan des réformes australiennes: accélération de la croissance et meilleure résistance à la contagion”, Washington, 18.01.1999.

FMI, Boletín, “En Australia las reformas aceleran el crecimiento y permiten resistir el contagio de la crisis asiática”, Washington, 18.01.1999.

FMI Boletín, “Australia: Selected Issues and Statistical Appendix, Washinton DC, abril 2001.

FOREMAN - PECK, James, “A History of the World Economy”, Harvester Wheatsheaf, Gran Bretaña, 1983.

FREDIANI, Ramón Osvaldo, “Estabilización y reforma estructural – El caso argentino”, Konrad - Adenauer – Stiftung, CIEDLA, Buenos Aires, 1993.

HABERLER, Gottfried, International Trade & Economic Development, International Center for Economic Growth, EE.UU, 1988.

HEILBRONER, Robert L., "The Worldly Philosophers", Simons & Schuster Inc. Nueva York, 1953.

"Highlights de la Declaración de Industria", Country Report, Australia, marzo 1991.

JAGUARIBE, Elio, "Raúl Prebisch y el concepto de centro y periferia", del Cuaderno "Reflexiones sociopolíticas sobre el pensamiento de Raúl Prebisch", Fundación Raúl Prebisch, Editorial Tesis, Buenos Aires, 3 de agosto de 1987.

"La Argentina podría pasar a tener superávit fiscal", La Nación, Buenos Aires, 7.01.2001.

LLACH, Juan José, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", Desarrollo Económico, Nro. 23, Buenos Aires, enero-marzo 1984.

LLACH, Juan José, "La Argentina que no fue", Ediciones del IDES, Buenos Aires, 1985.

LLACH, Juan José: "Reconstrucción o estancamiento", Editorial Tesis, Buenos Aires, 1987.

LLERENA, Juan y NEWTON, Ricardo; "Viajes y Estudios de la Comisión Argentina sobre la Agricultura, Ganadería, Organización y Economía Rural en Inglaterra, Estados Unidos y Australia", Imprenta y Fundición de tipos "la República", Buenos Aires, 1882.

MAGARIÑOS, Mateo, "Diálogos con Raúl Prebisch", Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

PADVALSKIS SIMKUS; Joaquín, "La teoría de la sustitución de importaciones", PANORAMA de la Economía Argentina, pág. 66, Buenos Aires, 1966.

PINEDO, Federico, "La Argentina en la vorágine", Editorial Mundo Forense, Hablando de la Argentina a los norteamericanos, Buenos Aires, 1943.

PINEDO, Federico, "En tiempos de la República", Tomo III, Editorial Mundo Forense, Buenos Aires, 1946.

PINEDO, Federico, "En tiempos de la República", Tomo III, Editorial Mundo Forense, Debate contra las Aduanas, 25.4.32, Buenos Aires, 1946.

PINEDO, Federico, "En tiempos de la República", Tomo IV, Editorial Mundo Forense, Debate parlamentario del 27.9.32 sobre las Aduanas, Buenos Aires, 1947.

PINEDO, Federico, "Argentina no es caso perdido", Academia de Ciencias Económicas, Discurso de incorporación, Pág. 38, Buenos Aires, 1956.

PINEDO, Federico, "Siglo y medio de economía argentina", Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, 1961.

PREBISCH, Raúl, "El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria", Boletín Económico de América Latina, Vol. VI, N° 1, Santiago, marzo de 1961.

PREBISCH, Raúl “Hacia una dinámica del desarrollo Latinoamericano”, Suplemento de Comercio Exterior, Banco Nacional de México, S.A. México, 1963.

PREBISCH, Raúl, “La Creación del Banco Central y la experiencia monetaria argentina entre los años 1935/43”, Banco Central, Buenos Aires, 1972.

PREBISCH, Raúl, “Five Stages in my Thinking on Development”, in G. Meier and D. Seers (editores), “Pioneers in Development”, Banco Mundial, Washington D.C., 1984.

PRINCE, Alejandro: “Internet y comercio electrónico en la Argentina”, Secretaría de Comunicaciones, Miami, 19.03. 2001.

ROCA, Eduardo, “Reubicación del Tratado Roca-Runciman”, Archivos del Presente, Buenos Aires, verano austral 1995/96.

SCHWARTZMAN, Simón: “Empresarios y política en el proceso de industrialización. Argentina, Brasil, Australia, Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales, Buenos Aires, abril 1973.

SOLBERG, Carl E., “The Prairies and the Pampas”, Stanford University Press, California, EE.UU., 1987.

“Terminó la fiesta en Australia”, Visión, Buenos Aires, 17.11.1986.

TEJEIRO, Mario, “Una vez más, la política fiscal...”, Centro de Estudios Públicos, Buenos Aires, Junio 2001.

The Economist, “Australia”, N° 7488, Londres, 07.03.1987.

The Economist, “Terrible Twins”, N° 7626, Londres, 28.10.1989.

The Economist, “Australia: Renaissance Down Under”, N° 7601, Londres, 06.12.1989.

The Economist, “Australia, We’re number 18 and trying harder”, N° 7753, Londres, 4.04.1992.

The Economist, “How Lucky can you get?”, N° 7939, Londres, 4.01.1995.

The Economist, “Asia, Bruce and Kylie mount the barricades”, N° 7980, Londres, 24.08.1996.

The Economist, “Australia”, N° 8005, Londres, 22.02.1997.

The Economist, “Australia”, N° 8052, Londres, 24.01.1998.

The Economist, “Down Under”, N° 8072, Londres, 13.06.1998.

The Economist, “Personal Computers”, N° 8080, Londres, 8.08.1998.

The Economist, “The market at world’s end”, N° 8977, Londres, 11.09.99.

The Economist, “Australia’s currency: Surfing dólar”, N° 8168, Londres, 29.04.2000.

The Economist, "Australia: A chance missed", N° 8170, Londres, 13.05.2000.

The Economist "Australia Survey: Third time lucky", N° 8187, Londres, 9.09.2000.

The Economist, "Australia's game still to win", N° 8190, Londres, 20.09.2000.

The Economist, "A Country of many faces", Nro. 8198, Londres, 25.11.00

THUROW, Lester C., "The zero-sum society", Pinguin books, Pennsylvania, EE.UU., 1980.

WELCH, Lawrence S., Internationalization Pressure: A Post -War Australian Perspective, del libro Export Policy: A Global Assessment, recopilador Cyinkota, George Cesar, Praeger Publishers, Nueva York, 1982.